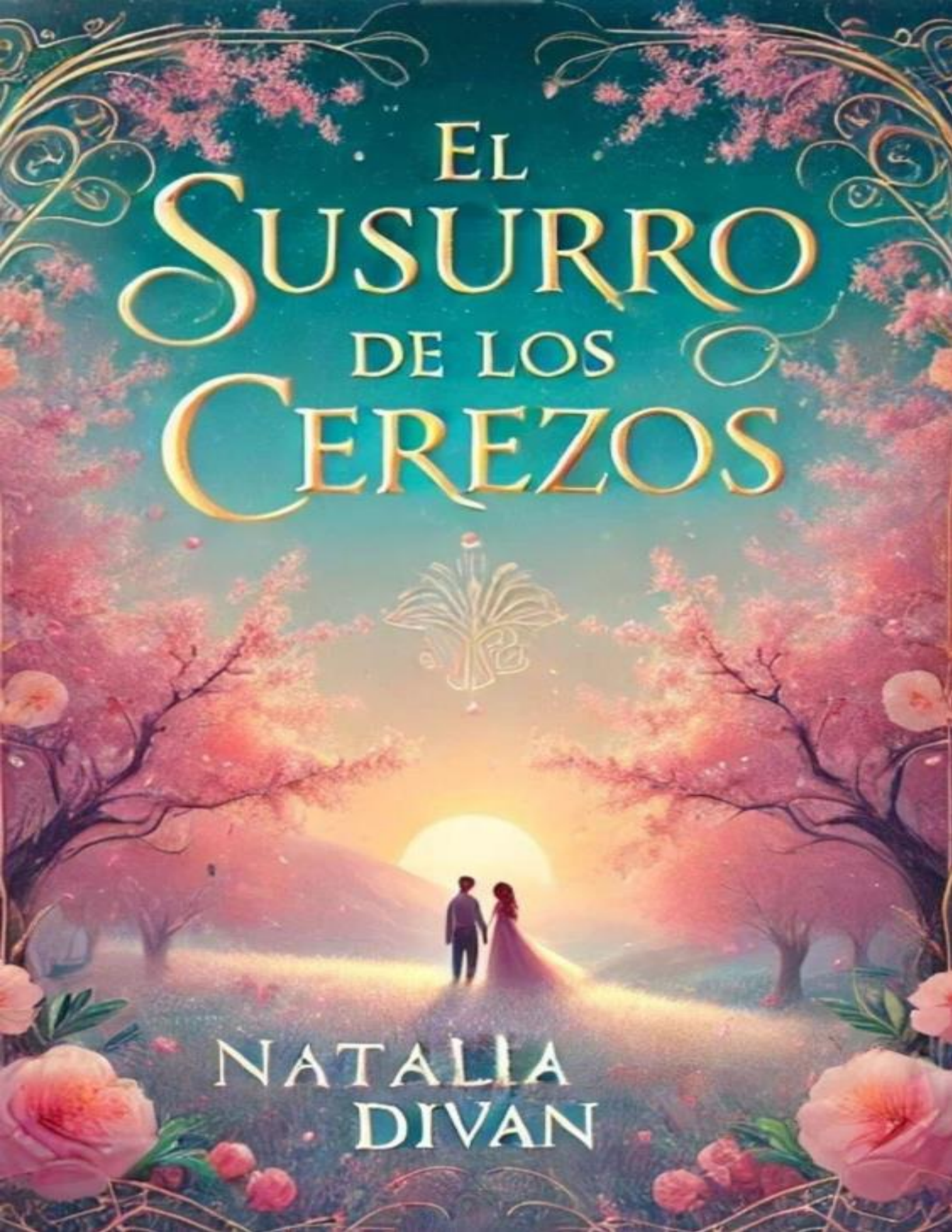


The background of the cover is a romantic illustration. A man and a woman are walking away from the viewer down a path that is covered in a thick layer of pink cherry blossom petals. They are silhouetted against a large, bright, low sun that creates a warm, golden glow. The path is flanked by trees with dense pink blossoms. In the foreground, there are large, detailed pink peonies and smaller cherry blossoms. The overall color palette is dominated by pinks, purples, and warm yellows from the sunset.

EL SUSURRO DE LOS CEREZOS

NATALIA
DIVAN

EL SUSURRO DE LOS CEREZOS

NATALIA DIVÁN

© 2025, Natalia Diván

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Contenido

[Mi misión](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1: El regreso](#)

[Capítulo 2: Bajo el peso de los cerezos](#)

[Capítulo 3: Las raíces del pasado](#)

[Capítulo 4: Bajo las ramas desnudas](#)

[Capítulo 5: Sombras entre hermanas](#)

[Capítulo 6: Un visitante inesperado](#)

[Capítulo 7: Entre piedras y corrientes](#)

[Capítulo 8: El peso de los cerezos](#)

[Capítulo 9: La entrada](#)

[Capítulo 10: La verdad arde](#)

[Capítulo 11: Bajo la luz del fuego](#)

[Capítulo 12: Ecos del pasado](#)

[Capítulo 13: Preparativos en la oscuridad](#)

[Capítulo 14: Bajo el peso de las estrellas](#)

[Capítulo 15: La sombra del pasado](#)

[Capítulo 16: Raíces profundas](#)

[Capítulo 17: Entre raíces y promesas](#)

[Capítulo 18: El eco de los secretos](#)

[Capítulo 19: Cuando el valle despierta](#)

[Capítulo 20: Los enemigos invisibles](#)

[Capítulo 21: La carrera por el corazón del valle](#)

[Capítulo 22: Los lazos del guardián](#)

[Capítulo 23: Ecos de guerra](#)

[Capítulo 24: El equilibrio quebrado](#)

[Capítulo 25: La prueba del lago](#)

[Capítulo 26: El último anclaje](#)

[Capítulo 27: La calma antes de la tormenta](#)

[Capítulo 28: El punto de no retorno](#)

[Capítulo 29: Una nueva conexión](#)

Agradecimiento

Mi misión

Ayudar a mis lectores y lectoras a abstraerse de los problemas mundanos del día a día y sumergirse en apasionantes historias que les harán soñar.

Sinopsis

Marina siempre supo que dejar atrás el valle donde creció era inevitable. Pero cuando la inesperada muerte de su abuela la obliga a regresar, descubre que el lugar donde creció guarda secretos tan profundos como las raíces de sus majestuosos cerezos.

Reencontrarse con Silvia, su hermana, no será fácil: años de silencios y reproches han levantado un muro entre ellas. Sin embargo, un cuaderno lleno de símbolos extraños y una esfera que parece latir como si tuviera vida propia las arrastrarán hacia un legado familiar que no puede ser ignorado.

En medio de la tensión, Marina conoce a Luca, un hombre cautivador cuya conexión con el valle es tan fuerte como enigmática. Juntos, se enfrentarán a fuerzas ocultas que amenazan con destruir no solo el lugar que aman, sino también las vidas de quienes lo habitan. Pero para proteger el valle, Marina deberá aceptar un sacrificio que lo cambiará todo.

"El susurro de los cerezos" es una historia de reconciliación, amor apasionado y magia ancestral, donde el pasado y el presente se entrelazan para revelar que, a veces, lo fantástico está más cerca de lo que imaginamos.

Capítulo 1: El regreso

El tren se detuvo con un chirrido agudo, rompiendo el silencio de la mañana. Marina observó por la ventana el diminuto andén cubierto de hojas secas. El letrero oxidado decía "Valdeamor", como si el tiempo hubiera olvidado el lugar. Inspiró profundamente antes de tomar su maleta. El aire aquí olía diferente, una mezcla de tierra húmeda y algo dulce que le recordó los cerezos en flor de su infancia.

El pueblo estaba igual que en sus recuerdos: casas bajas de tejas rojas, calles empedradas y una quietud que contrastaba con el bullicio de Madrid. Pero también estaba impregnado de una nostalgia que Marina había evitado durante años.

Un coche viejo se detuvo frente a la estación. El conductor, un hombre robusto de cabello canoso y gafas gruesas, bajó la ventanilla.

—¿Marina Muñoz? —preguntó con un acento áspero.

—Sí, soy yo. —Le dedicó una sonrisa tensa.

El hombre asintió y abrió el maletero.

—Soy Andrés, amigo de tu abuela. Me pidió que te trajera. Sube, hija.

El trayecto hasta la casa fue corto pero cargado de silencio. Marina miró por la ventana, reconociendo los paisajes que alguna vez habían sido parte de su vida. Campos de trigo, colinas suaves y, al fondo, el valle de los cerezos, donde los árboles permanecían desnudos en espera de la primavera.

Andrés rompió el silencio cuando llegaron.

—La casa está como la dejó tu abuela, tal cual. Doña Carmen siempre decía que no se tocara nada.

Marina asintió, pero su garganta se apretó al ver la fachada. La vieja casa de piedra estaba cubierta de musgo y las ventanas lucían opacas, como si hubieran cerrado los ojos al mundo. Aun así, la estructura seguía en pie, desafiante, igual que los recuerdos que intentaba enterrar.

Dentro, el aire estaba cargado de polvo y un leve aroma a lavanda seca. El recibidor tenía el mismo espejo ovalado y la mesa de madera con los bordes gastados. Sobre esta, un pequeño sobre blanco captó su atención. Tenía su nombre escrito con la letra pulcra de su abuela.

—Esto estaba aquí cuando llegué. Doña Carmen siempre supo que vendrías. — Andrés se encogió de hombros antes de marcharse.

Marina tomó el sobre con cuidado. Adentro, encontró una breve nota:

“Querida Marina, la casa guarda secretos que necesitas descubrir. No te apresures. Deja que el viento de los cerezos te guíe. Con amor, Abuela.”

Su corazón latió más rápido. La frase era enigmática, casi poética, pero también inquietante. Guardó la nota en su bolso y subió las escaleras hacia su antigua habitación.

Al entrar, un torrente de emociones la envolvió. La cama con su colcha de flores, los estantes llenos de libros juveniles, incluso el reloj de pared que había dejado de funcionar, todo estaba intacto. Sin embargo, había algo nuevo: una caja de madera sobre el escritorio. Era pequeña, con intrincados grabados de ramas de cerezo.

La abrió con manos temblorosas. Dentro había una llave dorada y una vieja fotografía de su abuela junto a un hombre que no reconocía. Ambos estaban de pie bajo un cerezo, sonriendo con una complicidad que no pudo evitar notar.

Un sonido de pasos subiendo las escaleras la sobresaltó. Antes de que pudiera reaccionar, una voz familiar rompió el silencio.

—Así que era cierto. Has vuelto.

Marina giró sobre sí misma. Silvia, su hermana mayor, estaba de pie en el umbral, con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la incomodidad. Su cabello rizado estaba más corto de lo que recordaba, y las líneas de su rostro revelaban los años que habían pasado desde la última vez que se vieron.

—Silvia... No esperaba encontrarte aquí —respondió Marina, su voz más suave de lo que pretendía.

Silvia sonrió, pero el gesto era frágil, casi forzado. Dio un par de pasos hacia la habitación, sus botas resonando contra el suelo de madera.

—Supongo que eso es justo. Tú tampoco te has dejado encontrar en mucho tiempo.

El comentario, aunque ligero, llevaba una carga emocional que Marina no pudo ignorar. Bajó la mirada, intentando ordenar sus pensamientos.

—No vine para... esto. Estoy aquí porque... la abuela.

—¿Crees que yo no lo sé? —Silvia cruzó los brazos y se recargó contra el marco de la puerta. Su tono no era hostil, pero sí distante, como si intentara protegerse de algo.

—La abuela siempre quiso que volvieras. Dijo que esta casa tenía que ser tuya.

—No estoy segura de que quiera quedármela —respondió Marina con un hilo de voz.

Silvia levantó una ceja.

—¿Entonces para qué estás aquí? ¿Vas a venderla como si fuera una propiedad cualquiera?

El peso de sus palabras la golpeó, pero Marina respiró hondo antes de responder.

—No lo sé. No he decidido nada todavía.

Un silencio incómodo se extendió entre ellas. Silvia apartó la mirada hacia la caja en el escritorio.

—¿Qué es eso?

Marina titubeó antes de responder.

—Algo que encontré aquí. Parece de la abuela.

—¿Puedo verlo?

Marina asintió, entregándole la fotografía. Silvia la observó en silencio durante unos segundos, y algo en su expresión cambió, como si reconociera al hombre de la imagen.
—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

Silvia negó con la cabeza, pero su respuesta llegó demasiado rápido para ser creíble.

—No. Solo... me parece curioso. La abuela nunca hablaba de nadie, aparte de nosotras.

El comentario dejó a Marina intranquila, pero antes de que pudiera preguntar más, Silvia cambió de tema.

—Bueno, si necesitas ayuda con la casa, estaré por aquí. Pero ten cuidado, Marina. Esta casa guarda más recuerdos de los que crees.

Y con esas palabras, Silvia salió de la habitación, dejándola sola con sus pensamientos y la llave dorada que brillaba bajo la tenue luz del atardecer.

Capítulo 2: Bajo el peso de los cerezos

La noche cayó rápido sobre Valdeamor. Marina observaba desde la ventana de su habitación cómo las luces de las pocas casas habitadas titilaban a lo lejos. Todo estaba tan silencioso que podía escuchar el crujido de la madera bajo sus pies y el ulular del viento entre los cerezos desnudos. Se sentía como una intrusa en su propia historia.

El sobre de su abuela y la caja de madera seguían en el escritorio, pero Marina no tenía el valor de tocarlos de nuevo esa noche. Decidió bajar a la cocina. El frío de las baldosas la hizo estremecer, y la familiaridad del lugar, con sus paredes amarillas y estantes llenos de latas antiguas, le arrancó una punzada de nostalgia.

Mientras calentaba agua para un té, un ruido suave llamó su atención. Venía del exterior. Caminó hacia la puerta trasera y, al abrirla, se encontró de frente con un cielo salpicado de estrellas. Pero lo que realmente la dejó sin palabras fue la figura que emergió de entre los árboles.

—¿Quién está ahí? —preguntó, intentando que su voz sonara firme.

Un hombre se detuvo bajo el arco de la puerta del jardín. Vestía un abrigo largo y llevaba una linterna en la mano. Su rostro estaba parcialmente iluminado, revelando ojos oscuros y una barba bien cuidada.

—Perdón por asustarte —dijo él, con una voz baja y tranquila—. Soy Luca. Trabajo en el huerto de cerezos. No sabía que había alguien en la casa.

Marina cruzó los brazos, tratando de esconder su incomodidad.
—Acabo de llegar. Soy Marina, la nieta de Carmen.

El hombre asintió, como si procesara la información.
—Lo imaginé. Doña Carmen hablaba mucho de ti.

—¿Ah, sí? —preguntó Marina, sorprendida. No recordaba que su abuela mencionara nunca a alguien llamado Luca.

Él sonrió levemente, pero había algo distante en sus gestos, como si estuviera evaluándola.

—Sí. Siempre decía que regresarías algún día, aunque ya nadie lo creía.

Marina sintió un escalofrío que no tenía que ver con el frío.
—Bueno, aquí estoy.

Luca pareció querer decir algo más, pero se detuvo. Miró hacia el huerto, donde los cerezos se erguían como sombras inquietantes bajo la luna.

—Estaba revisando los árboles. Se viene una helada esta semana, y quiero asegurarme de que los brotes no se dañen. Doña Carmen era muy cuidadosa con ellos.

—¿Trabajas aquí desde hace mucho? —preguntó Marina, más para llenar el silencio que por verdadera curiosidad.

—Desde hace cuatro años. Me mudé al pueblo poco después de que tú te fueras, según tengo entendido.

Marina frunció el ceño. Había algo en sus palabras que sonaba calculado, como si supiera más de lo que decía.

—¿Por qué te interesa tanto el huerto?

Luca se encogió de hombros.

—Porque es lo único que queda de su legado. Estos árboles tienen más historia de la que imaginas.

Antes de que Marina pudiera insistir, él dio un paso hacia atrás.

—Será mejor que vuelva a mi casa. No quería interrumpir. Si necesitas algo, estaré por aquí.

Y, sin esperar respuesta, desapareció entre las sombras. Marina cerró la puerta y se quedó inmóvil, mirando hacia el huerto. Había algo extraño en Luca, algo que no podía definir, pero que la inquietaba profundamente.

A la mañana siguiente, los primeros rayos del sol inundaron la casa. Marina se despertó temprano, incapaz de conciliar el sueño. Decidió que era mejor enfrentar los recuerdos que la atormentaban en lugar de evitarlos.

Bajó al comedor, donde encontró a Silvia sentada con una taza de café entre las manos. La expresión de su hermana era una mezcla de cansancio y algo más que Marina no podía descifrar.

—No sabía que estabas aquí —comentó Marina, sirviéndose una taza de café.

—No podía dormir. Pensé que podría ayudarte con la casa. —Silvia hizo una pausa, mirando hacia la ventana—. O simplemente estar aquí.

Marina se sentó frente a ella, sintiendo la tensión en el aire.

—¿Por qué no me dijiste que vivías tan cerca?

Silvia se encogió de hombros.

—Pensé que no te importaba. No volviste, ni siquiera cuando mamá y papá... bueno, tú ya sabes.

—Silvia... —Marina dejó la taza en la mesa, sintiendo cómo el peso de sus decisiones caía sobre ella—. No fue fácil para mí.

—¿Y crees que para mí sí lo fue? —replicó Silvia, su voz más áspera de lo que pretendía—. Pero no estoy aquí para discutir. Estoy aquí porque creo que hay cosas que necesitas saber.

Marina levantó la vista.

—¿Qué cosas?

Silvia suspiró, como si estuviera reuniendo valor.

—La abuela. Ella guardaba secretos, Marina. Y creo que ahora que estás aquí, es

momento de que los descubras.

El tono de Silvia la hizo sentir un escalofrío. Algo en sus palabras resonaba con la nota que había encontrado la noche anterior.

—¿Qué tipo de secretos?

—No lo sé exactamente. Pero he encontrado cosas... cartas, documentos... cosas que no tienen sentido. Todo está relacionado con el huerto y con ese hombre que vi anoche, Luca.

Marina se tensó.

—¿Qué sabes de él?

Silvia entrecerró los ojos.

—No mucho. Llegó al pueblo poco después de que te fueras. Nadie sabe de dónde viene realmente, pero parece demasiado interesado en los cerezos.

Marina recordó la llave dorada y la fotografía en la caja. Se sentía como si todas las piezas de un rompecabezas estuvieran dispersas a su alrededor, esperando a ser ensambladas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Silvia.

Marina miró hacia el huerto por la ventana.

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

Capítulo 3: Las raíces del pasado

Marina pasaba los dedos sobre la fotografía de su abuela y el hombre desconocido. Había algo perturbadoramente íntimo en sus expresiones. No podía sacarse de la cabeza la idea de que su abuela, la mujer siempre tan reservada y prudente, había guardado secretos que nadie en la familia conocía. Suspiró y dejó la fotografía y la llave dorada en la mesita de noche. "¿Qué clase de vida viviste, abuela?", pensó en silencio, preguntándose si realmente quería saber las respuestas.

Bajó a la cocina, encontrándose con la nota de Silvia junto a un vaso de zumo.

"Voy al mercado. Si necesitas algo, pregunta por mí en la plaza. Silvia."

—Genial. Otra charla pendiente para más tarde. —Marina rodó los ojos y se sirvió café.

El peso de la conversación de esa mañana aún colgaba en el aire. Silvia había sido directa, sí, pero no le culpaba. Marina sabía que había evitado ese pueblo como si fuera un terreno minado. Y ahora, estar aquí, frente a una casa que parecía atrapada en el tiempo, la hacía preguntarse si ella misma estaba lista para enfrentar a las dos personas que más había querido: su abuela y su hermana.

Subió las escaleras impulsada por una inquietud que no sabía cómo sacudirse. Al detenerse frente a la habitación de Silvia, empujó la puerta lentamente.

El cuarto seguía igual: los pósters de bandas noventeras, los libros polvorientos en la estantería, la guitarra arrinconada que Silvia siempre tocaba desafinada. Marina recordó cómo, de niñas, Silvia solía obligarla a cantar mientras ella improvisaba melodías que nunca terminaban.

—¿Te acuerdas de esta? —preguntó una voz detrás de ella, interrumpiendo el recuerdo.

Marina se giró, llevándose una mano al pecho.

—¡Dios, Silvia! ¿Siempre tienes que aparecer como un fantasma?

Silvia estaba en el umbral, con una bolsa de mercado en una mano y una sonrisa burlona.

—No es mi culpa que andes distraída. Aunque, la verdad, no esperaba verte aquí dentro.

Marina cruzó los brazos.

—No te creas, tampoco lo esperaba yo. No sé ni por qué entré.

—Quizá porque te das cuenta de que esta casa aún guarda cosas tuyas, aunque lo niegues. —Silvia dejó la bolsa sobre el escritorio y se sentó en el borde de la cama, pasando los dedos por las cuerdas polvorientas de la guitarra.

—Siempre fuiste mejor con eso que yo —dijo Marina, señalando el instrumento.

—Tonterías. Solo era ruido, pero tú me hacías sentir como si estuviera dando

conciertos en estadios. —Silvia sonrió, pero había una melancolía en sus ojos que Marina reconoció al instante.

—No quería olvidarte, Silvia. —La voz de Marina bajó, casi como un susurro.

Silvia la miró en silencio por un momento, luego se encogió de hombros.
—No sé si te creo, pero supongo que tampoco importa. Estamos aquí ahora, ¿no? Y, para ser justas, esta casa tiene una forma extraña de juntar a la gente.

Más tarde, Marina salió al huerto, incapaz de ignorar la curiosidad que la había atormentado desde que encontró la llave. El viento frío cortaba su rostro, y el crujido de las hojas secas bajo sus botas resonaba en el silencio. El huerto estaba desolado, los cerezos desnudos bajo un cielo gris. A lo lejos, la pequeña caseta de madera parecía aguardarla.

Cuando llegó, sacó la llave dorada de su abrigo. La cerradura se resistió al principio, pero tras un leve forcejeo, la puerta se abrió. El aire en el interior era pesado, cargado de humedad y polvo.

Sobre un escritorio desgastado descansaban papeles amarillentos, algunos con tinta apenas legible. Marina encendió la linterna de su móvil y empezó a leer.

"Mi querida Carmen, tus cerezos son el único lugar donde me siento en paz. Algún día, cuando podamos ser libres, los cuidaremos juntos..."

El corazón de Marina dio un vuelco. Cartas de amor. Todas firmadas por alguien llamado *E.L.*. Guardó los papeles en el bolsillo, tratando de procesar lo que había leído, cuando un ruido la sobresaltó.

—¿Siempre invades lugares cerrados con llave o solo hoy? —preguntó una voz grave desde la puerta.

Marina giró sobre sí misma, su linterna iluminando el rostro de Luca.

Luca no era exactamente lo que había imaginado. Tenía el cabello castaño oscuro, ligeramente ondulado, que caía desordenado sobre su frente. Su mandíbula cuadrada estaba cubierta por una barba corta que parecía más descuidada que intencionada, y sus ojos eran de un marrón profundo, casi negro, con una intensidad que podía hacerte sentir desnuda. Vestía una chaqueta de cuero gastada sobre un suéter gris, y el aire frío apenas parecía afectarle.

—¿Tienes la mala costumbre de espiar o es solo mi día de suerte? —respondió Marina, cruzándose de brazos.

Luca alzó una ceja, claramente divertido.
—Yo diría que te descubrí, no que te espié. Este lugar no es seguro, Marina.

—¿Y qué haces aquí, entonces? ¿Me ibas a salvar? —replicó con sarcasmo, aunque notó que estaba nerviosa por su cercanía.

Luca dio un paso hacia ella, y la luz de la linterna iluminó sus rasgos. Había algo en

su mirada que la hacía sentir incómoda, como si pudiera ver más allá de lo que ella misma entendía.

—Este lugar guarda historias que no entenderías. Y si sigues hurgando en ellas, podrías encontrarte con cosas que preferirías no saber.

Marina sintió que la sangre se le helaba.

—¿Es eso una amenaza?

Luca negó con la cabeza, pero sus ojos nunca dejaron los de ella.

—Es un consejo. Nada más.

Por un instante, el aire entre ellos se volvió denso. Marina no estaba segura de si quería gritarle o preguntarle más, pero antes de que pudiera decidir, él se giró hacia la puerta.

—Es tarde. Te acompaño de vuelta a la casa.

Marina quiso negarse, pero algo en su voz la desarmó. Caminó junto a él en silencio, sintiendo cómo la tensión se transformaba en una extraña conexión. Había algo en Luca que no podía descifrar, algo que la hacía querer conocerlo y desconfiar de él al mismo tiempo.

Cuando llegaron a la puerta, Luca se detuvo.

—Ten cuidado con lo que buscas, Marina. Los secretos nunca vienen solos.

Marina lo observó alejarse, su silueta desapareciendo entre los árboles. Cerró la puerta, apoyándose contra ella, mientras su mente giraba alrededor de las cartas, la caseta y Luca. Algo más profundo que el viento soplaba entre los cerezos, y Marina sabía que no iba a poder ignorarlo.

Capítulo 4: Bajo las ramas desnudas

El amanecer llegó con una neblina espesa que cubría el huerto de cerezos, haciendo que los árboles parecieran fantasmas atrapados entre el cielo y la tierra. Marina se despertó con la sensación de que el día traería respuestas, aunque no sabía si estaba preparada para enfrentarlas.

El desayuno fue un asunto solitario. Silvia no había vuelto a aparecer desde su conversación en la habitación. Marina miraba por la ventana, el café caliente entre sus manos, mientras repasaba mentalmente la fotografía, las cartas y, sobre todo, el rostro de Luca. Esos ojos azules, como un cielo a punto de tormenta, seguían persiguiéndola. Había algo en él que la atraía y repelía al mismo tiempo.

"Deja de pensar en tonterías", se regañó, dejando la taza en el fregadero. Pero sus pensamientos no la obedecían. Había algo en ese hombre que le resultaba más misterioso que las cartas de su abuela.

Decidida a no perder el tiempo, subió a la caseta de herramientas, donde había dejado las cartas la noche anterior. Mientras volvía a leerlas, cada palabra escrita por *E.L.* parecía un susurro del pasado, un eco de una relación que nunca imaginó que su abuela pudiera haber tenido.

"Mi Carmen, tu sonrisa es mi refugio. Bajo las ramas de los cerezos, encontré lo que nunca pensé que tendría: un hogar en tu mirada."

Marina cerró los ojos, tratando de imaginar a su abuela como la destinataria de palabras tan apasionadas. "¿Quién eras realmente?", pensó mientras acariciaba el papel ajado.

—¿Tienes costumbre de hablar sola? —preguntó una voz detrás de ella, sacándola de golpe de sus pensamientos.

Marina dio un respingo y dejó caer las cartas. Al girarse, encontró a Luca apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una ligera sonrisa jugando en sus labios. La luz del amanecer iluminaba su rostro, resaltando las facciones cinceladas y esos malditos ojos que parecían escudriñarla.

—¿Te gusta aparecer de la nada o es solo un talento natural? —preguntó Marina, intentando sonar molesta, aunque sabía que su corazón latía más rápido de lo que debería.

—Es un talento. Aunque no esperaba encontrarte aquí otra vez. —Luca señaló las cartas en el suelo—. ¿Qué son?

Marina recogió las cartas con rapidez, ocultándolas tras su espalda.
—No es asunto tuyo.

Luca dio un paso hacia ella, lo suficiente para que Marina pudiera sentir el calor de su presencia.

—¿Estás segura de eso? Parece que cada vez te adentras más en cosas que no

entiendes.

Marina levantó la barbilla, decidida a no dejarse intimidar.

—¿Y tú? ¿Qué haces siempre merodeando por aquí? ¿Trabajas para alguien o simplemente disfrutas husmeando?

Luca sonrió, pero esta vez había algo peligroso en su expresión.

—Digamos que los cerezos me interesan tanto como a ti. La diferencia es que yo sé lo que estoy buscando.

—Y yo no, ¿verdad? —respondió Marina con sarcasmo.

—No. —La respuesta fue directa, casi un susurro. Sus ojos se clavaron en los de Marina, y por un momento, ella sintió como si el aire en la caseta hubiera desaparecido.

—¿Por qué no me lo dices, entonces? —La voz de Marina bajó, su tono más desafiante que antes.

Luca sostuvo su mirada un segundo más antes de dar un paso atrás.

—Porque algunas cosas es mejor que las descubras por ti misma.

Marina lo observó mientras él salía de la caseta. No se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que Luca desapareció entre los árboles. Su frustración creció, junto con algo más que no quería admitir: una atracción que la confundía y la enfurecía a partes iguales.

De vuelta en la casa, Marina encontró a Silvia sentada en la sala, hojeando un álbum de fotos. Su hermana levantó la vista cuando Marina entró.

—¿Sabes algo de Luca? —preguntó Marina, y se arrepintió de inmediato.

Silvia dejó el álbum en la mesa con un golpe seco.

—¿Por qué preguntas?

—Por curiosidad. Me lo encontré en el huerto. Parece que está siempre por aquí.

Silvia la miró con una expresión que Marina no supo descifrar.

—Luca llegó al pueblo hace unos años, poco después de que tú te fueras. Al principio, nadie sabía mucho de él. Solo apareció un día diciendo que había comprado la casa que está al otro lado del valle, cerca del arroyo.

—¿Y qué más? —insistió Marina.

—Es reservado, pero todo el mundo lo respeta. Trabaja en los cerezos y conoce el valle como si hubiera nacido aquí. Aunque algunos dicen que está aquí por algo más... —Silvia se detuvo, como si dudara en continuar.

—¿Algo más? —Marina la animó a seguir.

—Hay rumores. La gente siempre inventa cosas, ya sabes cómo son en este pueblo. Pero algunos dicen que Luca llegó buscando algo. Algo que pertenece a esta tierra.

Marina frunció el ceño.

—¿Qué podría ser tan importante como para quedarse en un lugar como este?

Silvia se encogió de hombros.

—Eso deberías preguntárselo a él. Aunque no sé si te dará respuestas.

Marina se recostó en el sofá, mirando hacia el techo mientras trataba de unir las piezas. Las cartas, la llave, Luca, y ahora esos rumores. Todo parecía formar parte de un rompecabezas más grande, pero aún no podía ver la imagen completa.

—Silvia... ¿te acuerdas cuando éramos niñas y jugábamos bajo los cerezos? —preguntó de pronto, sin saber exactamente por qué.

Silvia sonrió, pero había tristeza en su gesto.

—Claro que sí. Era nuestro refugio. Cada vez que las cosas se ponían difíciles, corríamos allí.

Marina cerró los ojos, recordando cómo solían trepar a los árboles y esconderse entre las ramas, hablando de cosas que ahora parecían tan lejanas. Ese huerto había sido su santuario, un lugar donde el mundo no podía alcanzarlas.

—A veces desearía volver a ser esa niña —admitió Marina en voz baja.

—Tal vez todavía puedas. —Silvia se levantó del sofá y le tocó el hombro con suavidad—. Pero primero tienes que dejar de huir.

Marina la observó marcharse y se quedó sola con sus pensamientos. Silvia tenía razón: siempre había estado huyendo. Pero esta vez, algo en el aire de Valdeamor le decía que no iba a poder escapar tan fácilmente.

Capítulo 5: Sombras entre hermanas

La tarde avanzaba lentamente, como si el tiempo en Valdeamor se deslizara con pereza. Marina estaba en la cocina, reorganizando los viejos estantes que olían a madera húmeda y especias rancias. Era una excusa para no pensar en Luca, en las cartas, o en la sensación de que su abuela aún susurraba secretos desde las paredes de la casa.

Silvia apareció en el umbral, con el cabello rizado recogido en una coleta alta. A pesar del ambiente frío y apagado del pueblo, llevaba un vestido amarillo que contrastaba con la austeridad de Marina, quien optaba siempre por colores más oscuros y prendas prácticas.

—¿Qué haces? —preguntó Silvia, recargándose en el marco de la puerta.

—Ordeno. Intento no volverme loca. —Marina se giró hacia su hermana y se permitió un segundo para observarla detenidamente. Silvia siempre había sido la brillante, la vibrante, como una llama encendida. Marina, en cambio, era el carbón que quedaba después del fuego. Su cabello castaño liso contrastaba con los rizos indomables de Silvia, y mientras ella prefería el silencio y la reflexión, Silvia siempre había llenado el espacio con risas o gritos apasionados.

—¿Todavía usas colores tan apagados? —preguntó Silvia, rompiendo el silencio con una sonrisa sarcástica.

—¿Todavía crees que todo se arregla con un toque de amarillo? —respondió Marina con un arqueado de ceja.

Ambas se miraron por un momento antes de soltar una risa breve. No era mucho, pero era un comienzo.

Silvia entró y se sentó en una de las sillas de madera, observando cómo Marina continuaba moviendo tarros de especias.

—Siempre fuimos distintas, ¿sabes? Pero eso no es lo que nos separó.

El comentario hizo que Marina se detuviera. Giró lentamente hacia su hermana, apoyándose en la encimera.

—¿Qué nos separó entonces?

Silvia suspiró, como si llevara años esperando que Marina hiciera esa pregunta.

—Fue mamá y papá. Lo que pasó antes de que murieran.

El silencio en la cocina se volvió insoportable. Marina sintió cómo el peso de las palabras de Silvia se le clavaba en el pecho.

—Yo no quería que pasara nada de eso —murmuró Marina, su voz apenas un susurro.

Silvia alzó la vista, con los ojos llenos de una mezcla de tristeza y algo que parecía ser ira contenida.

—Pero pasó. Y tú te fuiste.

Marina apretó los dientes.

—No podía quedarme, Silvia. Todo aquí me recordaba a ellos... y a lo que hicimos.

El eco de sus palabras quedó suspendido en el aire, y Marina supo que había dicho más de lo que quería. Silvia la miró fijamente, pero no respondió de inmediato. Cuando finalmente habló, su voz era más suave.

—Lo que hicimos, lo hicimos juntas. No te olvides de eso.

Marina sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Había pasado años enterrando aquellos recuerdos, convenciéndose de que su huida era la única forma de sobrevivir. Pero ahora, con Silvia frente a ella, entendía que los fantasmas de su pasado no podían ignorarse para siempre.

—¿Alguna vez te arrepentiste? —preguntó Marina, su voz temblando.

Silvia soltó una risa amarga.

—Todos los días. Pero arrepentirse no cambia nada, ¿verdad?

Marina asintió lentamente, sin saber qué decir. Sabía que las respuestas que buscaba no estaban en las palabras, sino en el pasado, y ese pasado la asustaba más que cualquier otra cosa en Valdeamor.

Más tarde, Marina decidió salir a caminar. El aire fresco del huerto de cerezos siempre había sido un refugio, incluso cuando era niña. Ahora, se sentía como un lugar donde los secretos respiraban entre las ramas desnudas.

Mientras caminaba, notó que Luca estaba allí, podando uno de los árboles. Vestía una camisa remangada que dejaba al descubierto sus antebrazos fuertes. Cuando la vio, sonrió de medio lado, con esa expresión que parecía saber exactamente lo que ella pensaba.

—¿Otra vez merodeando? —preguntó él, dejando caer las tijeras al suelo y apoyándose contra el tronco del cerezo.

Marina lo miró con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—No sabía que te perteneciera este lugar.

—No me pertenece. Pero parece que últimamente siempre te encuentro aquí.

Ella cruzó los brazos, sintiendo cómo la tensión volvía a formarse entre ellos.

—Quizá porque estoy buscando algo.

Luca arqueó una ceja, claramente divertido.

—¿Y qué es lo que buscas, Marina?

—Eso depende. ¿Qué escondes tú? —respondió sin pensar, sorprendiéndose de lo directa que sonó.

Luca la observó por un momento, con una intensidad que hizo que Marina sintiera un nudo en el estómago. Finalmente, se inclinó para recoger las tijeras y comenzó a caminar hacia ella.

—Te daré un consejo: a veces, encontrar lo que buscas puede ser más peligroso que no saberlo nunca. —Se detuvo justo frente a ella, tan cerca que Marina pudo percibir el leve aroma a madera y tierra que lo envolvía.

—¿Por qué hablas siempre como si supieras todo? —preguntó, mirándolo fijamente.

Luca sonrió, pero no respondió. En cambio, se giró y se alejó hacia el siguiente árbol, dejándola sola con sus pensamientos.

Cuando Marina regresó a la casa, Silvia estaba en el porche, sentada con una manta sobre las piernas. La luz del atardecer iluminaba su rostro, resaltando las pequeñas líneas de expresión que el tiempo había dejado en su piel. Marina se sentó a su lado sin decir nada, ambas mirando el huerto en silencio.

—Siempre fuiste más valiente que yo —dijo Silvia de repente, rompiendo el silencio.

Marina la miró, sorprendida.
—¿De qué hablas?

—De cuando éramos niñas. Tú siempre tomabas la iniciativa. Saltabas desde el cerezo más alto, entrabas en la casa abandonada al otro lado del pueblo... Yo solo te seguía.

Marina soltó una risa breve.
—¿Y cómo crees que terminé siendo abogada? ¿Tomando riesgos? No, gracias.

Silvia sonrió, pero su expresión se volvió seria.
—Tú te fuiste porque tenías el valor de hacerlo. Yo me quedé porque no sabía cómo enfrentar nada fuera de aquí.

Marina no supo qué responder. Había pasado años creyendo que su huida la hacía débil, cobarde. Pero quizá Silvia tenía razón: quedarse también era una forma de huir.

El sonido del viento entre los cerezos rompió el silencio, y Marina supo que, aunque el pasado las había marcado, todavía quedaba una oportunidad para comprenderse.

Capítulo 6: Un visitante inesperado

El sonido de una camioneta acercándose sacó a Marina de su ensoñación. Estaba en la sala, hojeando uno de los viejos álbumes de fotos que Silvia había dejado en la mesa. Las imágenes en blanco y negro mostraban a su abuela en su juventud, rodeada de los cerezos en flor, pero también había fotografías que Marina no recordaba haber visto antes. En una de ellas, Carmen estaba acompañada de un grupo de hombres, todos vestidos con trajes oscuros, y lo que parecía ser una caja de madera con grabados intrincados en el centro de la escena.

El sonido de un portazo y voces afuera la hicieron levantar la vista. Silvia entró apresurada, quitándose el abrigo, seguida de un hombre que Marina no reconoció. Era mayor, probablemente en sus sesenta, con cabello canoso cuidadosamente peinado hacia atrás y una chaqueta de cuero que parecía fuera de lugar en un lugar como Valdeamor.

—Marina, este es Arturo. Dice que trabajó con la abuela —anunció Silvia, con el ceño fruncido.

Arturo sonrió cortésmente, pero había algo en su mirada que puso a Marina en alerta.

—Mucho gusto, Marina. He escuchado tanto sobre ti.

—¿De verdad? —respondió Marina, esforzándose por sonar cordial. Se levantó y estrechó su mano. Su piel era áspera, como la de alguien acostumbrado a trabajar con herramientas, pero sus movimientos eran calculados.

—Tu abuela y yo éramos socios, en cierto sentido —continuó Arturo, echando un vistazo rápido a la casa—. Hace tiempo que no entraba aquí. Todo sigue igual... bueno, casi todo.

Marina intercambió una mirada con Silvia, que parecía tan confundida como ella.
—¿Qué tipo de socios?

Arturo soltó una pequeña risa, pero sus ojos no reflejaban humor.
—Digamos que compartíamos un interés en los secretos del valle. Tu abuela era una mujer extraordinaria, Marina. Mucho más de lo que te han contado.

—¿Qué quiere decir con eso? —intervino Silvia, cruzándose de brazos.

Arturo se acercó al álbum de fotos que Marina había dejado abierto. Sus dedos se detuvieron sobre la imagen de Carmen con los hombres trajeados.

—¿Sabías que tu abuela protegía algo muy valioso? Algo que mucha gente codiciaba, incluso más allá de Valdeamor.

Marina sintió cómo su respiración se aceleraba.
—¿De qué está hablando?

Arturo se giró hacia ella, su expresión más seria.
—Estoy hablando de un tesoro, Marina. Y no me refiero solo a los cerezos.

Un silencio cargado llenó la sala. Marina pensó en las cartas, la llave, y la sensación persistente de que los cerezos no eran solo árboles. Silvia, por su parte, parecía incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—Esto es ridículo. Mi abuela era una mujer sencilla —protestó Marina, aunque sus palabras carecían de convicción.

Arturo negó con la cabeza.

—Eso es lo que quiso que todos pensarán. Pero tú estás aquí ahora, y todo esto es tuyo. Tarde o temprano, tendrás que decidir qué hacer con ello.

Marina iba a responder, pero Arturo se giró hacia la puerta.

—No quiero incomodarlas. Solo quería presentarme y ofrecer mi ayuda. Si necesitan algo, estoy alojado en la posada del pueblo.

Y, sin esperar una respuesta, salió de la casa, dejando a ambas hermanas sumidas en un torbellino de preguntas.

La inquietud crece

—¿Qué demonios acaba de pasar? —soltó Silvia, frotándose las sienes como si eso la ayudara a pensar.

Marina volvió a sentarse, tomando el álbum y estudiando la fotografía de nuevo. Los hombres trajeados, la caja, y ahora Arturo. Todo encajaba y, al mismo tiempo, nada lo hacía.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Marina, levantando la vista hacia su hermana.

—¿Yo? Claro que no. Crecí escuchando las mismas historias que tú. La abuela, los cerezos, los pasteles que preparaba los domingos. Nunca nada sobre tesoros o socios misteriosos.

—Entonces, ¿por qué siento que todo el mundo sabe más que nosotras? —respondió Marina, frustrada.

Silvia se dejó caer en el sofá junto a ella.

—Porque siempre fuimos unas ingenuas. Tal vez Arturo está mintiendo, o tal vez mamá y papá nunca nos dijeron la verdad.

Marina cerró el álbum de golpe.

—Hay algo más aquí, Silvia. Lo sé.

Silvia suspiró, inclinándose hacia adelante y enterrando la cara en sus manos.

—¿Qué propones que hagamos?

—Buscar respuestas. Si Arturo está diciendo la verdad, si la abuela realmente escondía algo, tiene que estar aquí, en esta casa o en el huerto.

Silvia levantó la vista, observando a su hermana con una mezcla de resignación y determinación.

—De acuerdo. Pero si encontramos algo, lo hacemos juntas. No quiero que te vayas

otra vez.

Marina se sorprendió por la sinceridad en el tono de su hermana.

—No me voy a ir, Silvia. Esta vez no.

Por primera vez desde que regresó a Valdeamor, sintió que estaba tomando una decisión consciente: quedarse y descubrir qué secretos habían arraigado bajo los cerezos.

Capítulo 7: Entre piedras y corrientes

El murmullo del arroyo rompía el silencio del anochecer. Marina había caminado hasta el viejo puente de piedra, buscando un respiro del torbellino de emociones que la envolvía. La luz de la luna caía sobre el agua, creando destellos plateados que parecían bailar al ritmo de la corriente.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvo aquí. De niñas, Silvia y ella solían cruzar el puente para ir al bosque a recoger moras, compitiendo por quién llenaba su canasta más rápido. Ahora, ese mismo puente parecía cargado de un simbolismo que no alcanzaba a comprender. Se sentó en el borde, dejando que sus pies colgaran mientras la brisa fresca le despeinaba el cabello.

—¿Buscas algo, o simplemente te pierdes en tus pensamientos? —preguntó una voz desde la oscuridad.

Marina giró bruscamente. Luca emergió de las sombras, caminando con la seguridad de alguien que conocía cada rincón de Valdeamor. Vestía una chaqueta oscura que parecía absorber la luz, y su cabello estaba ligeramente revuelto, como si el viento hubiera jugado con él.

—¿Siempre tienes que aparecer de la nada? —respondió Marina, fingiendo molestia para disimular el sobresalto.

Luca sonrió de medio lado, apoyándose contra la barandilla del puente.
—No puedo evitarlo. Me gusta el efecto que tiene en ti.

Marina rodó los ojos, pero no pudo evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios.
—No estaba buscando nada. Solo necesitaba... claridad.

Luca asintió, mirando hacia el agua.
—Es un buen lugar para eso. Este arroyo guarda secretos, igual que el resto de este pueblo.

—¿También tienes secretos, Luca? —preguntó Marina, cruzándose de brazos y mirándolo con curiosidad.

Luca tardó unos segundos en responder. Su mirada seguía fija en el arroyo, como si estuviera recordando algo.
—Todos los tenemos. La diferencia es qué tan bien sabemos esconderlos.

El tono de su voz tenía un matiz que Marina no supo descifrar, pero antes de que pudiera preguntar más, Luca cambió de tema.
—¿Y tú? ¿Qué te trae aquí a esta hora?

Marina soltó un suspiro, dejando que su mirada se perdiera en la corriente.
—Supongo que estoy intentando entender todo esto. Mi abuela, esta casa, tú...

—Yo. —Luca sonrió ligeramente—. ¿Qué hay de mí que te intriga tanto?

Marina sintió cómo sus mejillas se calentaban, pero no apartó la mirada.
—Todo. No pareces encajar aquí. Eres diferente al resto del pueblo.

Luca se inclinó un poco más hacia ella, acortando la distancia entre ambos.
—¿Y eso es algo bueno o malo?

El aire entre ellos se volvió más denso, cargado de una tensión que Marina no podía ignorar. Cada vez que Luca estaba cerca, sentía como si la realidad se desdibujara y el resto del mundo dejara de importar.

—Todavía no lo sé —murmuró, bajando la mirada hacia sus manos.

Luca extendió una mano y tomó la de ella, sus dedos firmes pero cálidos. Marina alzó la vista, sorprendida, y encontró esos ojos azules que parecían contener un millón de historias sin contar.

—A veces no necesitas entenderlo todo. Solo sentirlo —dijo Luca, su voz más suave que antes.

Marina abrió la boca para responder, pero las palabras se atoraron en su garganta. Cuando Luca inclinó la cabeza hacia ella, supo lo que estaba por venir, y no se apartó. El beso fue lento, delicado, como si ambos supieran que ese momento era importante. La textura de sus labios, el sabor de la brisa nocturna, todo se mezcló en un torbellino de sensaciones que Marina no había experimentado en años.

Cuando se separaron, Luca no dijo nada. Simplemente la miró, con una intensidad que hacía que el tiempo pareciera detenerse.

—Te estás metiendo en problemas, Luca —dijo Marina, con una sonrisa que no podía controlar.

—Tal vez. Pero creo que valen la pena.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Luego, Luca le soltó la mano y dio un paso atrás, como si supiera que necesitaba espacio para procesar lo que acababa de suceder.

—Nos vemos pronto, Marina —dijo antes de desaparecer por el otro extremo del puente, dejando a Marina sola con el sonido del agua y el latido acelerado de su corazón.

La sombra del pasado

De regreso en la casa, Marina se encontró con Silvia en la sala, leyendo una de las cartas que había encontrado en la caseta. Su hermana levantó la vista cuando ella entró, y la expresión en su rostro pasó rápidamente de curiosidad a preocupación.

—¿Qué pasó? —preguntó Silvia, cerrando la carta y dejándola sobre la mesa.

—Nada importante —respondió Marina, quitándose la chaqueta y sentándose en el sofá.

Silvia arqueó una ceja, claramente no creyéndole.
—¿Nada importante? Marina, tienes esa cara. La misma que ponías cuando intentabas esconder algo.

Marina suspiró, sabiendo que no podía escapar de Silvia.
—Estuve con Luca.

Silvia se quedó en silencio por un momento, pero luego asintió lentamente.
—Ten cuidado, Marina. Luca... es más complicado de lo que parece.

Marina frunció el ceño, sintiendo cómo la magia del momento en el puente se desvanecía bajo las palabras de su hermana.
—¿Por qué sigues diciendo eso? ¿Qué sabes de él?

Silvia recogió la carta de la mesa y se la tendió a Marina.
—No estoy segura aún. Pero algo me dice que su historia y la de la abuela están más conectadas de lo que pensamos.

Marina tomó la carta y la leyó, notando por primera vez un detalle que había pasado por alto: en el margen inferior, había un dibujo a mano de un puente de piedra, el mismo en el que acababa de estar.

Un escalofrío recorrió su espalda, y las palabras de Luca volvieron a su mente. "No siempre obtendrás todas las respuestas. Pero a veces, no se trata de entender, sino de sentir."

Capítulo 8: El peso de los cerezos

La mañana amaneció con una niebla espesa que envolvía Valdeamor como un manto silencioso. Marina despertó temprano, incapaz de conciliar el sueño. La carta que Silvia le había mostrado seguía rondando en su mente, especialmente el dibujo del puente. ¿Por qué alguien lo habría añadido en un mensaje destinado a su abuela? ¿Y qué tenía que ver con Luca?

Bajó a la cocina, donde Silvia ya estaba sentada con una taza de café. La veía concentrada, pasando las páginas de lo que parecía un viejo cuaderno de notas. Marina se acercó y vio el título en la cubierta desgastada: *Cosecha de cerezos: Notas de Carmen Muñoz*.

—¿Qué es eso? —preguntó Marina mientras se servía café.

Silvia levantó la vista.

—Lo encontré en la despensa esta mañana. Es un cuaderno de la abuela. Pensé que tal vez podría tener algo útil.

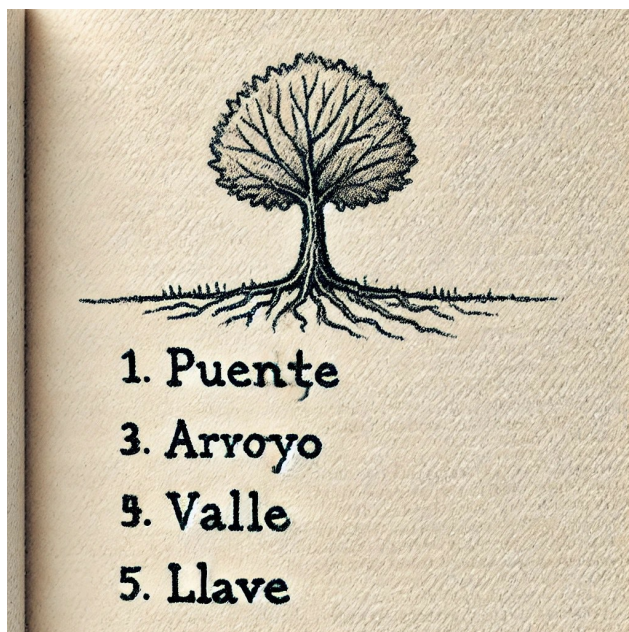
Marina dejó la taza sobre la mesa y se sentó frente a ella.

—¿Has encontrado algo interesante?

Silvia asintió, aunque su expresión era cautelosa.

—Hay muchas notas sobre los cerezos, pero algunas páginas... son extrañas. Mira esto.

Silvia pasó varias páginas antes de detenerse en una llena de símbolos y dibujos a lápiz. En el centro, destacaba un árbol con raíces que parecían extenderse más allá de lo normal, como si se adentraran en algo profundo. A un lado del dibujo, había una lista de palabras escritas con letra pequeña y temblorosa: *Puente, Arroyo, Valle, Llave*.



Marina sintió un escalofrío al ver la palabra *llave*.
—Esto tiene que estar relacionado con la caja que encontré.

Silvia inclinó la cabeza, mirándola con curiosidad.
—¿Qué caja?

Marina se levantó de golpe, subiendo corriendo a su habitación. Volvió minutos después con la pequeña caja de madera y la llave dorada. Silvia observó todo con ojos entrecerrados, como si intentara descifrar un acertijo.

—La encontré en mi habitación cuando llegué. Adentro estaba esta llave y una foto de la abuela con un hombre.

—¿El hombre de las cartas? —preguntó Silvia, tomando la llave entre sus manos.

—Supongo que sí. Aunque no estoy segura.

Silvia abrió el cuaderno de nuevo, buscando algo en las páginas.
—Mira esto. —Señaló un pequeño dibujo de una llave, idéntica a la que Marina sostenía. Junto al dibujo, había una palabra escrita en mayúsculas: *CAVERNA*.

—¿Una caverna? —repitió Marina en voz baja.

Silvia asintió, pero su expresión mostraba más confusión que respuestas.
—No sé qué significa. Pero parece que esta llave abre algo importante.

Antes de que Marina pudiera responder, un golpe en la puerta las hizo sobresaltarse. Ambas se miraron, y Silvia fue la primera en levantarse para abrir. Luca estaba allí, con su habitual chaqueta oscura y una expresión seria que hizo que Marina se pusiera de pie de inmediato.

—Necesitamos hablar —dijo Luca, su mirada fija en Marina.

Silvia frunció el ceño.
—¿Siempre apareces sin avisar?

—Esta vez tengo una buena razón —respondió Luca, entrando sin esperar una invitación.

Marina cruzó los brazos, sintiendo una mezcla de curiosidad e incomodidad.
—¿Qué pasa?

Luca no respondió de inmediato. Sus ojos recorrieron la sala hasta detenerse en la caja que estaba sobre la mesa.
—¿Eso es lo que encontraste en la caseta?

Marina asintió lentamente.
—Sí. ¿Por qué?

Luca se acercó a la mesa y tomó la caja, examinándola con cuidado.
—Esto no es solo una caja. Es una señal. Algo que tu abuela dejó para ti.

—¿Una señal de qué? —preguntó Silvia, cruzándose de brazos.

Luca levantó la vista, su expresión grave.
—De que sabía lo que vendría. Y también sabía que necesitarías ayuda para enfrentarlo.

El silencio se hizo pesado. Marina sintió que su corazón latía con fuerza, pero no por miedo. Había algo en las palabras de Luca que despertaba una curiosidad casi desesperada.

—¿Qué sabes sobre esto, Luca? —preguntó finalmente, su voz cargada de tensión.

Luca la miró fijamente, como si estuviera evaluando si podía confiar en ella. Finalmente, suspiró.

—Lo suficiente como para saber que no deberías estar investigando sola. Si quieres respuestas, tendrás que seguirme.

—¿Seguirte a dónde? —preguntó Marina, pero Luca ya se dirigía hacia la puerta.

—Al valle. Hay algo que necesitas ver.

Marina miró a Silvia, que negó con la cabeza.

—No confío en él, Marina. ¿Cómo puedes hacerlo tú?

—No lo sé. Pero tengo que saber qué está pasando.

Silvia la observó en silencio, y por un momento, Marina temió que insistiera en detenerla. Pero en lugar de eso, su hermana suspiró y se recargó en el marco de la puerta.

—Está bien. Ve. Pero si no vuelves en una hora, voy a buscarte.

Marina sonrió levemente.

—No me perderé, Silvia. Prometo que volveré.

Luca esperó en silencio hasta que Marina salió de la casa. Cuando comenzaron a caminar hacia el valle, ella notó que su postura era más tensa de lo habitual, como si cargara con algo más pesado que los secretos que intentaba proteger.

—¿Vas a decirme qué estamos buscando? —preguntó Marina después de unos minutos.

Luca la miró de reojo, su expresión indescifrable.

—No. Pero lo sabrás cuando lo veas.

El camino descendía hacia una parte del valle que Marina no recordaba haber visitado antes. La vegetación se hacía más densa, y el sonido del arroyo se intensificaba. Finalmente, llegaron a una pequeña entrada cubierta de ramas y musgo. Luca se detuvo frente a ella y se giró hacia Marina.

—Este es el comienzo —dijo, señalando la abertura.

Marina sintió un escalofrío, pero no era de miedo. Era de anticipación. Algo le decía que lo que estaba a punto de descubrir cambiaría todo lo que sabía sobre su abuela, sobre Luca, y quizá incluso sobre sí misma.

Capítulo 9: La entrada

El aire dentro de la entrada al valle era húmedo y frío, como si hubiera cruzado un umbral hacia otro mundo. Marina miraba a Luca con una mezcla de desconfianza y curiosidad, mientras él apartaba las ramas que bloqueaban el camino. La abertura que tenían frente a ellos parecía insignificante, pero Marina podía sentir que lo que se escondía detrás era cualquier cosa menos ordinario.

—¿Qué es este lugar? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

Luca no respondió de inmediato. En cambio, encendió una linterna y la alzó, iluminando un sendero que descendía suavemente hacia la penumbra.

—Es parte de la historia de este pueblo. Algo que tu abuela quiso proteger.

Marina sintió un escalofrío.

—¿Proteger de quién?

—De cualquiera que quisiera usarlo para el beneficio equivocado —respondió Luca, girándose hacia ella con una expresión seria—. Incluido yo, si decides que no confías en mí.

Marina sostuvo su mirada, buscando en esos ojos azules algún indicio de verdad o mentira. Había algo en él que la desconcertaba: no parecía estar actuando, pero tampoco sentía que estuviera siendo completamente honesto.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí? —preguntó, cruzándose de brazos.

Luca se inclinó ligeramente hacia ella, hasta que sus rostros quedaron peligrosamente cerca.

—Porque tienes derecho a saber. Porque esto, Marina, siempre estuvo destinado a ser tuyo.

El peso de sus palabras la dejó sin aliento. Antes de que pudiera responder, Luca se enderezó y comenzó a caminar por el sendero.

—Vamos. No queda mucho tiempo antes de que oscurezca.

Marina lo siguió, su mente corriendo con preguntas que no podía formular. A medida que avanzaban, la luz de la linterna iluminaba símbolos grabados en las paredes de piedra, similares a los que había visto en el cuaderno de su abuela. Los grabados parecían antiguos, como si hubieran estado allí durante siglos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, pasando los dedos por una inscripción que parecía un círculo rodeado de ramas.

—La abuela de tu abuela, y la abuela de ella antes, cuidaron este lugar. Es parte de la historia de tu familia, Marina. Pero también es algo más grande que cualquiera de nosotros.

Marina lo miró con el ceño fruncido.

—¿Algo más grande? ¿Qué estás diciendo?

Luca se detuvo frente a una puerta de piedra tallada con el mismo árbol de raíces profundas que había visto en el cuaderno. La llave dorada que había encontrado encajaba perfectamente en la cerradura del centro.

—Te estoy diciendo que aquí está la respuesta a lo que llevas buscando desde que llegaste. Pero solo tú puedes abrirlo —dijo Luca, extendiéndole la llave.

Marina tomó la llave con manos temblorosas, consciente de que aquel momento cambiaría todo. Giró la cerradura, y un sonido profundo y reverberante llenó el aire mientras la puerta comenzaba a abrirse lentamente.

El espacio más allá de la puerta estaba iluminado por una luz suave que parecía emanar de las paredes mismas. En el centro de la sala había una plataforma de piedra, y sobre ella descansaba algo envuelto en un paño rojo. Marina avanzó lentamente, sintiendo que cada paso la acercaba más al corazón del misterio.

Cuando retiró el paño, se encontró con un objeto que no esperaba: una pequeña esfera de cristal tallada con el mismo árbol de raíces profundas. Su superficie era suave, pero cuando la sostuvo en sus manos, sintió una calidez que se extendió por todo su cuerpo.

—¿Qué es esto? —preguntó, girándose hacia Luca.

Él estaba de pie a unos metros de distancia, observándola con una mezcla de respeto y cautela.

—Es lo que tu abuela protegió toda su vida. La fuente de lo que hace a este valle especial.

Marina sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. La esfera parecía vibrar suavemente en sus manos, como si estuviera viva.

—Esto... esto no tiene sentido.

Luca dio un paso hacia ella, pero no la tocó.

—Nada de esto lo tiene al principio. Pero si confías en lo que sientes, todo encajará.

Marina cerró los ojos, intentando procesar lo que acababa de suceder. Cuando volvió a abrirlos, la esfera brillaba con un resplandor tenue, como si respondiera a su presencia.

Por primera vez desde que llegó a Valdeamor, Marina no sentía miedo. Sentía algo más profundo: propósito.

Capítulo 10: La verdad arde

El brillo tenue de la esfera iluminaba la sala, proyectando sombras suaves en las paredes de piedra. Marina la sostuvo entre las manos, sintiendo la calidez pulsar como si fuera un corazón diminuto. Por un momento, el silencio fue total, hasta que Luca rompió la calma con una voz baja y firme.

—¿Cómo te sientes?

Marina lo miró, sus ojos brillaban tanto por la luz como por la mezcla de emociones que no podía controlar.

—¿Cómo me siento? —repitió, su voz temblando antes de romperse—. Me siento como si todo lo que creía saber sobre mi familia, sobre este pueblo, fuera una mentira. Como si estuviera atrapada en una maldita novela de misterio que no pedí protagonizar.

Luca la observó en silencio, dándole espacio para continuar.

Marina dejó la esfera con cuidado sobre la plataforma, como si temiera que algo en ella pudiera explotar.

—¿Qué es esto realmente, Luca? —preguntó, señalando el objeto. Sus manos temblaban, y su voz subió un tono—. ¡No me des más metáforas o respuestas vagas! ¡Dímelo de una vez!

Luca dio un paso hacia ella, levantando las manos en señal de calma.

—Es una reliquia. Algo que tu abuela protegió porque sabía lo que significaba.

—¡Eso no me dice nada! —Marina golpeó la superficie de la plataforma con las manos, el eco resonando en la sala. Se giró hacia él con los ojos llenos de rabia y frustración—. Estoy cansada de las medias verdades, de los susurros, de todo este maldito misterio. ¡Me trajiste aquí! ¡Haz que valga la pena!

El eco de sus palabras llenó el espacio, dejando un vacío tenso entre ellos. Luca se acercó más, hasta que solo unos centímetros los separaban. Sus ojos, normalmente serenos, parecían brillar con algo más intenso.

—Esto vale la pena, Marina —dijo, su voz firme pero tranquila—. Pero no puedo obligarte a entenderlo. La esfera es más que un objeto. Es un símbolo, un vínculo entre lo que fue y lo que será. Y, aunque no lo creas ahora, siempre estuvo destinado a estar contigo.

Marina lo miró, sus emociones aún al borde del colapso. Pero algo en sus palabras, en el tono de su voz, la hizo detenerse. Respiró hondo, intentando calmar el torbellino en su pecho.

—No puedo con esto sola —admitió finalmente, su voz casi inaudible.

Luca asintió lentamente.

—No tienes que hacerlo.

De vuelta a la casa

La caminata de regreso fue silenciosa. Marina no quería hablar, y Luca parecía respetar su necesidad de espacio. Cuando llegaron a la casa, Silvia los esperaba en el porche, su rostro iluminado por la tenue luz de una lámpara de aceite.

—¿Qué pasó? —preguntó Silvia en cuanto los vio.

Marina no respondió de inmediato. Subió los escalones del porche y se dejó caer en una silla, pasando las manos por su cabello. Silvia la miró con el ceño fruncido antes de girarse hacia Luca.

—¿Qué hiciste?

—Nada que ella no quisiera —respondió Luca, su tono calmado pero con un filo sutil.

—¿Nada que quisiera? —replicó Marina, levantando la vista bruscamente—. ¡Me llevaste a un lugar que ni siquiera sabía que existía y me pusiste una esfera mágica en las manos! Claro, nada que yo no quisiera.

Silvia se giró hacia su hermana, sus ojos se suavizaron al ver el estado en el que estaba. Se agachó frente a ella, colocando una mano en su rodilla.

—¿Estás bien?

Marina negó con la cabeza, soltando una risa amarga.

—No lo sé, Silvia. No sé nada.

Silvia miró a Luca, su expresión claramente culpándolo por la situación.

—Creo que ya es suficiente por hoy. Luca, será mejor que te vayas.

Luca no respondió de inmediato. Miró a Marina, como si buscara una señal de que debía quedarse. Pero cuando ella no dijo nada, asintió y dio media vuelta.

—Volveré mañana. Hay más que debemos hablar —dijo antes de desaparecer en la noche.

La conversación pendiente

Silvia esperó a que la puerta se cerrara antes de sentarse en la silla junto a Marina.

—¿Qué pasó ahí, Marina? ¿Qué viste?

Marina respiró hondo, todavía sintiendo el peso de la esfera en sus manos, aunque ya no la tenía.

—Encontré algo. Algo que... brilla. Y Luca dice que es importante, pero no sé por qué.

Silvia frunció el ceño, claramente confundida.

—¿Algo que brilla? ¿Cómo una piedra?

—No, es más que eso. Es como si tuviera vida. Como si estuviera conectado a... todo.

Silvia permaneció en silencio por un momento, sus pensamientos claramente corriendo. Finalmente, sacudió la cabeza.

—La abuela siempre fue buena ocultando cosas. Pero esto... esto es demasiado.

Marina soltó un suspiro cansado.

—Estoy tan perdida, Silvia. No sé en quién confiar, no sé qué es verdad.

Silvia tomó la mano de su hermana, apretándola con fuerza.

—Confía en mí, Marina. Siempre.

Marina la miró, y por primera vez en mucho tiempo, sintió una conexión genuina con su hermana. Pero también sabía que la verdad era más grande que cualquiera de ellas, y que confiar no sería suficiente para enfrentar lo que se avecinaba.

Capítulo 11: Bajo la luz del fuego

El cielo estaba despejado esa noche, con estrellas que titilaban sobre el valle como pequeños faroles suspendidos en el infinito. Marina no podía dormir. Había demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas emociones que la mantenían despierta. Después de revolverse en la cama durante lo que parecieron horas, se levantó y bajó al porche.

El aire nocturno estaba fresco, y la brisa llevaba consigo el aroma de los cerezos y la tierra húmeda. Marina se abrazó a sí misma, intentando ordenar sus pensamientos. No estaba sola por mucho tiempo.

Luca apareció desde la penumbra, caminando hacia la casa con paso lento pero seguro. Llevaba una linterna apagada en la mano y una expresión que oscilaba entre la preocupación y algo que Marina no pudo identificar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—No podía dejarte así —respondió él, deteniéndose al pie del porche. Sus ojos, azules y profundos, parecían contener toda la calma que a ella le faltaba.

Marina suspiró, dejando caer los brazos a los lados.
—No creo que puedas arreglar esto, Luca.

Él subió los escalones del porche lentamente, hasta quedar frente a ella. No intentó tocarla, pero su proximidad era suficiente para que Marina sintiera cómo el aire entre ellos cambiaba, se volvía más denso, más cargado.

—No puedo arreglarlo —admitió—. Pero tampoco quiero dejarte sola con todo esto.

Marina lo miró fijamente, buscando algo en sus ojos. Durante días, había desconfiado de él, había intentado mantenerlo a raya. Pero en ese momento, algo se rompió dentro de ella. No era solo frustración o confusión; era la necesidad de conexión, de algo que le recordara que todavía podía sentir.

—Luca... —empezó a decir, pero su voz se quebró.

—Estoy aquí, Marina —respondió él, su voz baja y firme.

Antes de que pudiera detenerse a pensar, dio un paso hacia él. Luca no se movió, dejando que ella tomara la iniciativa. Marina levantó una mano, tocando suavemente su rostro. La barba corta y suave contrastaba con la dureza de su mandíbula, y cuando Luca cerró los ojos al contacto, ella sintió cómo algo se agitaba en su interior.

—No sé por qué confío en ti —susurró.

Luca abrió los ojos, y la intensidad de su mirada la dejó sin aliento.
—Tal vez porque lo necesitas tanto como yo.

Las palabras eran simples, pero el peso detrás de ellas las hacía más profundas. Marina no respondió. En lugar de eso, dejó que sus manos se deslizaran hacia el cuello de Luca, y él cerró la distancia entre ambos. Sus labios se encontraron con una

urgencia que no había sentido en años, una mezcla de deseo y desesperación contenida.

El beso fue intenso, como si ambos intentaran llenar un vacío que habían cargado durante demasiado tiempo. Luca envolvió sus brazos alrededor de Marina, atrayéndola hacia él, y ella sintió cómo todo a su alrededor desaparecía. Solo existían ellos, bajo la luz de las estrellas y el susurro del viento.

—Ven conmigo —murmuró él contra sus labios.

Marina asintió, permitiendo que Luca la guiara hacia el interior de la casa. La llevó al salón, donde la chimenea aún tenía brasas que brillaban suavemente en la penumbra. Luca se detuvo frente a ella, sus manos en su cintura, mientras la miraba como si estuviera viendo algo que no podía creer.

—Eres más fuerte de lo que piensas, Marina —dijo, su voz apenas un murmullo.

Marina dejó escapar una risa breve, casi incrédula.

—Eso no lo sé. Pero sé que ahora mismo, no quiero ser fuerte.

Luca no dijo nada. En lugar de eso, bajó la cabeza para besarla de nuevo, con más suavidad esta vez. Sus labios se movieron con una delicadeza que contrastaba con la intensidad anterior, y Marina sintió cómo su corazón se aceleraba. Las manos de Luca se deslizaron por sus brazos, explorando su piel como si fuera algo sagrado, y ella respondió envolviendo sus brazos alrededor de su cuello.

La noche avanzó lentamente, cada momento cargado de una intimidad que Marina no había experimentado antes. Sus cuerpos se movieron con una sincronización natural, como si hubieran estado esperando este momento desde siempre. Luca la trató con una mezcla de pasión y ternura, dejando que ella marcara el ritmo, asegurándose de que cada caricia, cada beso, fuera una respuesta a lo que ella necesitaba.

Cuando finalmente se quedaron quietos, el sonido del fuego crepitando llenó el espacio. Marina estaba recostada contra Luca, su cabeza apoyada en su pecho, mientras él pasaba una mano por su cabello de manera ausente.

—No me voy a ir, Marina —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

Marina levantó la vista, encontrando sus ojos una vez más.

—Eso espero. Porque ya no estoy segura de que pueda hacer esto sola.

Luca sonrió, y aunque era una sonrisa leve, había algo en ella que le prometía que hablaba en serio.

—No tienes que hacerlo sola. Estoy aquí.

Marina cerró los ojos, dejando que esas palabras la envolvieran. Por primera vez desde que llegó a Valdeamor, sintió que no todo estaba perdido.

Capítulo 12: Ecos del pasado

El amanecer se coló tímidamente por las ventanas de la casa, bañando el salón con una luz suave y cálida. Marina despertó envuelta en la manta que Luca había colocado sobre ambos antes de que el sueño los venciera. Luca ya no estaba allí, pero el calor de su presencia aún parecía impregnar el aire.

Se sentó lentamente, frotándose los ojos, intentando procesar todo lo que había ocurrido la noche anterior. Pero antes de que pudiera adentrarse demasiado en sus pensamientos, el sonido de pasos apresurados en la cocina llamó su atención. Silvia.

Marina se puso de pie, acomodándose la ropa antes de entrar en la cocina, donde encontró a su hermana hojeando frenéticamente el cuaderno de la abuela.

—¿Estás bien? —preguntó Marina, acercándose con cautela.

Silvia levantó la vista, claramente frustrada.

—No, no estoy bien. Encontré algo más en este cuaderno, y no sé si quiero saber lo que significa.

Marina frunció el ceño y tomó asiento frente a ella.

—¿Qué encontraste?

Silvia giró el cuaderno hacia Marina, señalando una página llena de anotaciones apresuradas. En el centro, había un nombre subrayado varias veces: *Eusebio López*.

—¿Te suena ese nombre? —preguntó Silvia.

Marina negó con la cabeza, aunque algo en el fondo de su mente le decía que debía recordarlo.

—No. ¿Quién es?

—No lo sé. Pero la abuela menciona su nombre junto a la esfera y algo que llama *la llave mayor*. —Silvia señaló otra parte de la página—. Mira esto: 'E.L. guarda la llave mayor. Sin ella, el valle no sobrevivirá.'

El corazón de Marina se aceleró.

—¿Crees que E.L. es Eusebio López?

Silvia asintió lentamente.

—Tiene sentido. Pero eso no es lo peor. Hay algo más.

Pasó varias páginas hasta llegar a otra, donde un dibujo tosco mostraba lo que parecía un mapa del valle. En el centro del dibujo, un pequeño símbolo representaba la esfera, rodeada por flechas que apuntaban hacia afuera. Al lado del dibujo, las palabras *Protege o destruye*.

Marina sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Destruir qué?

—Eso es lo que no entiendo —admitió Silvia, cerrando el cuaderno con frustración—. Pero todo esto parece girar en torno a esa esfera. Y si la abuela protegió este lugar

toda su vida, tal vez significa que alguien quería destruirlo.

Marina se recostó en la silla, procesando las palabras de su hermana. La esfera no solo era importante; era vital para el valle. Pero ¿por qué?

Una visita inesperada

Mientras las hermanas intentaban encontrar sentido a las notas, un golpe en la puerta las interrumpió. Silvia se levantó para abrir, pero cuando regresó a la cocina, su rostro estaba pálido.

—Es Arturo. Dice que necesita hablar contigo —dijo, mirando a Marina.

Marina se levantó, sintiendo una mezcla de curiosidad y desconfianza. Arturo estaba en el umbral, con su habitual chaqueta de cuero y una expresión que parecía más seria de lo habitual.

—Lamento la interrupción, pero creo que necesitamos hablar —dijo, su voz grave.

Marina cruzó los brazos.

—¿Sobre qué?

Arturo suspiró, echando un vistazo a Silvia antes de volver a mirar a Marina.

—Sobre lo que encontraste. La esfera.

El estómago de Marina se revolvió.

—¿Cómo sabes que la encontré?

—Porque no soy el único que la está buscando. Y si la tienes, estás en peligro.

El aire en la habitación pareció volverse más pesado. Marina intercambió una mirada con Silvia, quien parecía tan preocupada como ella.

—¿Quién más la está buscando? —preguntó Silvia, con los brazos cruzados.

Arturo bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharlo.

—Gente que no entiende lo que significa. Para ellos, la esfera no es más que un objeto valioso, algo que pueden usar para sus propios fines. Pero no saben que si la usan de la manera incorrecta... —Se detuvo, dejando que la amenaza implícita colgara en el aire.

Marina apretó los dientes.

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

Arturo la miró fijamente.

—Porque yo sí sé lo que significa. Y sé que necesitas mi ayuda para protegerla.

Marina quería responder, pero antes de que pudiera hacerlo, Luca apareció en la puerta detrás de Arturo, su expresión más oscura de lo que Marina había visto antes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Luca, su voz baja pero cargada de tensión.

Arturo se giró lentamente, enfrentándose a Luca con una mirada desafiante.
—Intento evitar que estas chicas terminen metidas en algo que no entienden. Algo que podría destruir este lugar si no tienen cuidado.

—Y tú esperas que crean que estás aquí para ayudarlas —replicó Luca, cruzándose de brazos.

Marina levantó una mano, interrumpiendo la creciente tensión entre ambos.
—¡Basta! Estoy harta de las insinuaciones y las medias verdades. Si sabes algo, Arturo, dilo de una vez.

Arturo la miró, su expresión suavizándose ligeramente.
—El nombre que viste en el cuaderno, *Eusebio López*, era un hombre con quien tu abuela trabajó. Él creó la esfera, o al menos ayudó a darle forma. Era un hombre brillante, pero también obsesionado. Creía que podía controlar el poder del valle. Y cuando Carmen se dio cuenta de lo que estaba haciendo, lo detuvo.

Marina sintió que sus piernas temblaban.
—¿Qué quería hacer con la esfera?

—Drenarla. —Arturo hizo una pausa antes de continuar—. La esfera no es solo un símbolo, Marina. Es el corazón del valle, lo que mantiene todo esto vivo. Si se usa de la manera equivocada, el valle moriría.

El silencio que siguió fue absoluto. Marina se dejó caer en una silla, sintiendo que el peso de la verdad la aplastaba.

Luca dio un paso hacia ella, colocándole una mano en el hombro.
—No tienes que enfrentarlo sola, Marina. Estamos aquí.

Ella levantó la vista hacia él, y aunque la preocupación en sus ojos era evidente, también encontró algo más: determinación.

—Entonces necesitamos un plan —dijo Marina, su voz más firme de lo que esperaba.

Arturo asintió lentamente

—Y lo necesitaremos rápido. Porque si ellos saben que tienes la esfera, vendrán por ti. Y no pedirán permiso para entrar.

El eco de las palabras de Arturo resonó en la habitación como un golpe seco. Marina se quedó inmóvil por un momento, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. Silvia, que había estado en silencio durante todo el intercambio, se levantó de golpe, su rostro mostrando una mezcla de miedo y furia.

—¿Quiénes son "ellos"? —preguntó Silvia, su voz subiendo un tono—. ¿Cuántas personas saben de esto? ¿Y por qué nadie nos advirtió?

Arturo se pasó una mano por el cabello, claramente incómodo.
—No es tan simple. La esfera ha sido un secreto durante generaciones, pero los rumores siempre encuentran la manera de salir. Hay grupos, personas con recursos,

que han escuchado historias sobre lo que este valle guarda. Para ellos, la esfera es poder.

Marina se puso de pie, incapaz de quedarse quieta mientras la tensión crecía a su alrededor. Caminó hacia la ventana, mirando el valle que se extendía más allá de la casa. Los cerezos parecían ajenos al drama humano que se desarrollaba en su sombra.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó finalmente, su voz más firme—. ¿Esconderla? ¿Enterrarla?

—Eso sería inútil —respondió Luca, acercándose a ella—. Si la abuela pudo mantenerla a salvo todo este tiempo, fue porque sabía cómo hacerlo. Pero ahora está contigo. No se trata de esconderla; se trata de protegerla.

Marina lo miró, notando la gravedad en su expresión. Había algo en Luca que le daba confianza, incluso en medio del caos.

—¿Cómo? ¿Cómo la protegemos?

—Aprendiendo lo que significa realmente —interrumpió Arturo, avanzando hacia ellos—. Necesitamos tiempo para descifrar lo que Carmen dejó en ese cuaderno. La respuesta está allí, en sus notas y en lo que tú, Marina, ya has descubierto.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Silvia, con los brazos cruzados—. ¿Qué hacemos si esas personas llegan aquí antes de que encontremos respuestas?

Luca se giró hacia ella, su mirada imperturbable.
—Nos aseguramos de que no encuentren nada.

Marina apretó los labios, mirando primero a Silvia y luego a Arturo. La incertidumbre en el aire era palpable, pero también había una chispa de determinación que comenzaba a prenderse.

—Entonces, hagámoslo —dijo finalmente, volviendo a mirar a Luca—. Protejamos el valle, la esfera... todo. Pero necesito que me prometan algo.

—¿Qué cosa? —preguntó Silvia.

—Que cuando esto termine, no habrá más secretos —respondió Marina, mirando a Arturo con intensidad. Luego, dirigió su mirada a Luca—. No más medias verdades. No más mentiras.

Luca asintió, su mirada fija en la de ella.
—Lo prometo.

Arturo, aunque más reacio, también asintió.
—De acuerdo. No más secretos.

Marina tomó aire, sintiendo cómo el peso de la decisión caía sobre sus hombros. Pero por primera vez en días, no sentía que estaba sola. Tenía a Silvia, a Luca, e incluso a Arturo. Juntos, tendrían que enfrentarse a lo que viniera.

Mientras el grupo comenzaba a planear sus próximos pasos, Marina miró hacia la

ventana una vez más. Los cerezos se mecían suavemente con el viento, como si supieran que la lucha por protegerlos acababa de comenzar.

Capítulo 13: Preparativos en la oscuridad

La noche había caído por completo, y el silencio en la casa era inquietante. Marina, Silvia, Luca y Arturo estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina, con el cuaderno de la abuela abierto entre ellos. La esfera, envuelta en el paño rojo, descansaba sobre la mesa como un recordatorio silencioso de lo que estaba en juego.

—Lo primero que necesitamos es asegurarnos de que la esfera no caiga en las manos equivocadas —dijo Luca, rompiendo el silencio.

—¿Cómo hacemos eso? —preguntó Silvia, cruzándose de brazos—. No podemos simplemente esconderla y esperar que nadie la encuentre.

Arturo asintió lentamente.

—Tiene razón. Si las personas que buscan esto saben que está aquí, no se detendrán hasta encontrarla. Tenemos que distraerlos, darles algo que parezca la esfera pero que no tenga valor real.

Marina levantó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Un señuelo? ¿Y qué pasará cuando descubran que no es real?

—Para cuando lo hagan, ya será demasiado tarde —respondió Arturo—. Si logramos descifrar cómo usarla correctamente, podremos proteger el valle de manera definitiva.

Marina se recostó en la silla, observando la esfera como si esperara que le diera respuestas.

—¿Y qué pasa si no encontramos cómo usarla?

—Lo haremos —intervino Luca, su tono firme pero tranquilo—. Tu abuela dejó pistas suficientes en ese cuaderno. Solo necesitamos tiempo para entenderlas.

Marina asintió, aunque el peso de la incertidumbre seguía presionando su pecho.

Una visita al pueblo

A la mañana siguiente, Marina decidió que necesitaba respuestas más allá de lo que el cuaderno ofrecía. Convenció a Silvia para que la acompañara al pueblo, mientras Luca y Arturo se quedaban en la casa para trabajar en los señuelos y estudiar las notas.

El pueblo de Valdeamor era pequeño, y la noticia de su regreso ya se había extendido. Las miradas curiosas la seguían mientras caminaba por las calles empedradas. Marina intentó ignorarlas, enfocándose en su objetivo: la vieja librería que su abuela solía visitar.

—¿Estás segura de que aquí encontraremos algo? —preguntó Silvia, ajustándose el abrigo mientras subían los escalones de la entrada.

—No, pero es un lugar para empezar —respondió Marina.

El interior de la librería olía a papel viejo y madera, un aroma que despertó recuerdos de su infancia. El dueño, un hombre mayor con gafas redondas y una sonrisa cálida, las recibió con un asentimiento.

—Ah, Marina. Es bueno verte de nuevo. Tu abuela era una visitante habitual aquí.

—Gracias, don Ernesto. Estoy buscando algo que pueda ayudarme a entender más sobre el valle, sobre su historia. ¿Tiene algo que mencione a mi abuela o a Eusebio López?

El rostro de don Ernesto se tensó ligeramente al escuchar el nombre.

—Eusebio López... Ese nombre no lo escucho desde hace años. Era un hombre brillante, pero complicado. Tu abuela lo conocía bien, aunque nunca hablaba mucho de él.

Marina sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Sabe si dejó algo aquí? ¿Algún libro, una nota, algo que pueda ayudarnos a entender su conexión con el valle?

Don Ernesto asintió lentamente.

—Quizá. Déjenme revisar en la trastienda.

Mientras esperaban, Silvia se acercó a Marina, susurrando.

—¿No crees que esto es un poco arriesgado? Si alguien está vigilándonos, sabrá que estamos buscando información.

—Lo sé. Pero necesitamos respuestas, Silvia. No podemos proteger algo que no entendemos.



Don Ernesto regresó momentos después con un libro envejecido en las manos. Lo dejó sobre el mostrador con cuidado, como si fuera un tesoro frágil.

—Este libro era de Eusebio. Me lo trajo poco antes de desaparecer. Dijo que contenía respuestas, pero también advertencias.

Marina tomó el libro, observando la tapa de cuero desgastado y el título grabado en letras doradas: *Los secretos del valle de los cerezos*.

—Gracias, don Ernesto. Esto significa mucho para nosotras —dijo, su voz llena de gratitud.

El hombre asintió, pero su expresión seguía sombría.
—Tengan cuidado, Marina. Algunas respuestas no siempre son lo que esperamos.

El regreso a la casa

Cuando volvieron a la casa, Luca y Arturo estaban esperándolas en el salón. Marina colocó el libro sobre la mesa, explicando rápidamente lo que don Ernesto les había dicho.

—Esto podría ser la pieza que faltaba —dijo Luca, hojeando las páginas con cuidado.

El libro estaba lleno de textos densos, ilustraciones y diagramas que parecían referirse a la esfera y su conexión con el valle. Una página en particular captó la atención de Marina: un dibujo que mostraba un círculo rodeado de raíces, similar al que había visto en el cuaderno de su abuela.

—Dice que la esfera no solo protege el valle, sino que también puede amplificar su poder —leyó Luca en voz alta—. Pero para hacerlo, necesita activarse con algo llamado la "llave mayor".

—La llave mayor —repitió Marina, sintiendo cómo las piezas comenzaban a encajar—. Arturo mencionó que Eusebio tenía algo que ver con eso.

Arturo asintió lentamente.
—Eusebio siempre creyó que la esfera debía usarse para controlar el valle, no solo para protegerlo. Esa obsesión fue lo que lo llevó a enfrentarse a Carmen.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó Silvia.

Arturo miró a Marina, su expresión grave.
—Eso es lo que debemos descubrir. Si todavía está vivo, puede que tenga la llave mayor. Y si alguien más la encuentra antes que nosotros...

El silencio llenó la habitación, y Marina sintió cómo la responsabilidad recaía sobre ella una vez más. Pero esta vez, no estaba sola.

—Entonces busquemos a Eusebio —dijo finalmente, con una determinación que sorprendió incluso a ella misma—. Antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 14: Bajo el peso de las estrellas

La noche había caído, y un cielo despejado se extendía sobre Valdeamor, salpicado de estrellas que brillaban como pequeños faroles en la oscuridad. Marina estaba sentada en el porche de la casa, envuelta en una manta, mientras el fresco aire nocturno acariciaba su piel. En el interior, el calor del fuego en la chimenea no había sido suficiente para calmar sus pensamientos. Afuera, todo parecía más claro, más real.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó Luca, saliendo de la casa con paso tranquilo. Llevaba un suéter oscuro y las manos en los bolsillos, su figura alta y segura contrastando con la quietud del paisaje.

—Siempre apareces sin avisar —bromeó Marina, esbozando una leve sonrisa mientras él tomaba asiento junto a ella.

—Es parte de mi encanto —respondió Luca, inclinándose hacia atrás y apoyándose en la barandilla del porche.

Por un momento, ambos se quedaron en silencio, dejando que el sonido del viento y el susurro de los árboles llenaran el vacío. Pero había algo en la atmósfera que pedía palabras, una conversación que ambos sabían inevitable.

—¿Alguna vez pensaste que estarías aquí? —preguntó Luca finalmente, rompiendo la calma.

Marina negó con la cabeza, mirando hacia el horizonte.
—Nunca. Siempre pensé que mi vida sería en la ciudad, rodeada de ruido y estrés. Pensé que era lo que quería. Pero ahora no estoy tan segura.

—¿Por qué? —preguntó Luca, su tono suave.

Marina se tomó un momento antes de responder.
—Porque aquí siento algo que no sentía allá. Es... complicado. Es como si todo lo que creía importante se desvaneciera al estar aquí.

Luca la observó con atención, sus ojos reflejando la luz de las estrellas.
—A veces, estar en un lugar como este te obliga a enfrentarte a cosas que evitas en otros lugares. ¿Qué es lo que estabas evitando, Marina?

Ella lo miró, sorprendida por la profundidad de su pregunta.
—Muchas cosas, creo. Pero sobre todo, la idea de que podía fallar. Siempre me esforcé tanto por ser perfecta, por cumplir con las expectativas de los demás, que olvidé lo que realmente quería.

Luca asintió lentamente, como si entendiera exactamente lo que decía.
—¿Y qué es lo que realmente quieres ahora?

Marina lo miró fijamente, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. No respondió de inmediato, pero la intensidad de la mirada de Luca la empujó a ser honesta.
—Quiero encontrar respuestas. Pero también quiero encontrar algo más. Algo que me

haga sentir completa.

Luca se inclinó hacia ella, acortando la distancia entre ambos.
—¿Y crees que puedes encontrar eso aquí?

Marina tragó saliva, sintiendo cómo el calor de su proximidad la envolvía.
—Tal vez.

—Yo creo que sí —dijo Luca, su voz apenas un susurro antes de inclinarse y besarla.

El beso fue lento, lleno de una pasión contenida que parecía haber estado esperando este momento. Marina respondió con la misma intensidad, dejando que sus manos se deslizaran hacia el cuello de Luca mientras él la atraía más cerca. Sus labios se movían con una sincronización perfecta, como si hubieran estado hechos para encontrarse.

Luca la levantó en sus brazos con facilidad, llevándola al interior de la casa. La luz del fuego en la chimenea lanzaba sombras danzantes sobre las paredes mientras él la depositaba suavemente en el sofá. Sus miradas se encontraron, y Marina vio en los ojos de Luca algo más que deseo: había ternura, un cuidado que hacía que todo lo demás desapareciera.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Marina —murmuró él, inclinándose sobre ella mientras sus manos recorrían su rostro, su cuello, su cintura.

—Y tú no tienes que cargar con todo solo —respondió ella, sus dedos deslizándose por su cabello.

La ropa fue desapareciendo lentamente, cada prenda quitada con una mezcla de urgencia y reverencia. Los besos de Luca exploraban cada rincón de su piel, y Marina se dejó llevar, entregándose completamente al momento. Sus manos recorrían el torso de él, sintiendo cada músculo tensarse bajo su toque, mientras sus labios buscaban los suyos una y otra vez.

Cuando finalmente se unieron, fue como si el mundo se detuviera. Sus cuerpos se movían juntos con una sincronización perfecta, un lenguaje sin palabras que hablaba de deseo, de necesidad, pero también de algo más profundo. Marina sintió cómo Luca la sostenía, no solo físicamente, sino emocionalmente, como si en ese momento él fuera su ancla en un mar de incertidumbre.

El tiempo se desvaneció, dejando solo el sonido de sus respiraciones entrelazadas y el crepitar del fuego. Cuando finalmente se quedaron quietos, Luca la envolvió en sus brazos, su piel cálida contra la de ella. Marina apoyó la cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón, y por primera vez en mucho tiempo, sintió paz.

—¿Qué temes, Luca? —preguntó en voz baja, rompiendo el silencio.

Él tardó en responder, como si estuviera decidiendo si compartir lo que guardaba.
—Temo perder lo que acabo de encontrar.

Marina levantó la vista, encontrando su mirada.

—No tienes que temer eso. No pienso irme a ninguna parte.

Luca sonrió, y aunque era una sonrisa leve, había en ella una promesa silenciosa.
—Entonces creo que puedo enfrentar cualquier cosa.

Marina cerró los ojos, dejando que esas palabras la envolvieran. Aunque los misterios del valle aún la inquietaban, esa noche todo parecía estar exactamente donde debía estar.

Capítulo 15: La sombra del pasado

El sol apenas había comenzado a asomar por el horizonte cuando Marina despertó. A su lado, Luca dormía profundamente, su respiración tranquila marcando un ritmo constante que a Marina le resultó extrañamente reconfortante. Por un momento, quiso quedarse ahí, inmersa en esa calma, pero sabía que la realidad no tardaría en alcanzarlos.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y se vistió rápidamente. La esfera, el cuaderno, el libro de Eusebio... todos esos elementos bailaban en su mente, exigiendo respuestas que parecían esquivas. Necesitaban avanzar, y Marina sentía que el tiempo se les acababa.

Cuando entró en la cocina, encontró a Silvia revisando de nuevo el cuaderno de la abuela, con una taza de café en una mano y el ceño fruncido. Marina tomó asiento frente a ella, sirviéndose también una taza.

—¿Dormiste bien? —preguntó Silvia, sin levantar la vista de las páginas.

Marina sintió que sus mejillas se calentaban ligeramente.
—Sí. ¿Tú?

Silvia soltó una risa breve y ladeó la cabeza, mirándola con una mezcla de incredulidad y burla.

—Claro que dormí bien. No soy yo la que tiene compañía nocturna.

—Silvia... —comenzó Marina, pero su hermana levantó una mano para detenerla.

—Tranquila. No te estoy juzgando. —Silvia cerró el cuaderno de golpe y la miró fijamente—. Pero espero que sepas en lo que te estás metiendo, Marina. Esto no es solo un romance de pueblo. Luca está tan metido en esto como tú, y si algo sale mal, podrías salir herida.

Marina sostuvo su mirada, sintiendo una mezcla de gratitud y frustración por la preocupación de su hermana.

—Sé en lo que me estoy metiendo, Silvia. Y sé que hay riesgos. Pero también sé que no puedo hacerlo sola.

Silvia asintió, aunque su expresión seguía siendo cautelosa.
—Solo ten cuidado.

El descubrimiento

Horas después, Luca, Arturo, Silvia y Marina estaban reunidos en el salón, con el cuaderno y el libro de Eusebio abiertos sobre la mesa. Arturo señaló un pasaje que había encontrado en el libro, su voz cargada de urgencia.

—Aquí. Eusebio escribió que la esfera no solo protege el valle, sino que también tiene el poder de restaurarlo. Si algo llegara a destruir su equilibrio natural, la esfera

podría revertir el daño.

—¿Cómo? —preguntó Marina, inclinándose hacia adelante.

Arturo frunció el ceño, pasando la página.

—No lo explica en detalle, pero menciona algo llamado el 'Rito del Árbol'. Según esto, es un proceso que conecta a la esfera con el corazón del valle. Sin embargo, también dice que el rito solo puede ser realizado por alguien que comparta un vínculo con el valle.

—¿Un vínculo? —intervino Silvia—. ¿Qué significa eso?

—Creo que significa que solo alguien de tu familia, Marina, puede hacerlo —respondió Luca, mirando a Marina con seriedad.

El peso de sus palabras cayó sobre ella como un golpe. Marina sintió que el aire en la habitación se volvía más denso.

—¿Por qué siempre tiene que ser yo?

Arturo la observó con calma.

—Porque Carmen lo sabía. Por eso te dejó todo esto. Porque ella confió en que tú serías capaz de proteger lo que ella protegió toda su vida.

Marina respiró hondo, intentando calmar la ansiedad que crecía en su pecho.

—¿Y qué pasa si fallo?

—No vas a fallar —dijo Luca, tomando su mano y apretándola con suavidad.

Silvia observó el gesto, pero no dijo nada. En cambio, miró a Arturo.

—¿Qué necesitamos para realizar ese rito?

—Eusebio menciona que el rito requiere tres elementos —respondió Arturo, hojeando rápidamente el libro—. La esfera, la llave mayor y algo que llama 'la raíz del primer árbol'.

—¿La raíz del primer árbol? —repitió Marina, frunciendo el ceño.

—Según la leyenda, el primer cerezo plantado en el valle tiene raíces que se extienden hasta el corazón de la tierra. Esa raíz es esencial para el rito —explicó Arturo.

Marina cruzó los brazos, procesando la información.

—Entonces, necesitamos encontrar esa raíz y la llave mayor. ¿Y después?

Arturo cerró el libro y se levantó.

—Después, tendremos que enfrentarnos a lo que venga. Porque cuando hagamos el rito, no seremos los únicos que lo sabrán.

El silencio que siguió fue pesado, pero estaba lleno de determinación. Marina sabía que no podían esperar más. El tiempo para actuar estaba llegando, y aunque el miedo seguía presente, también lo estaba la esperanza.

El peso compartido

Más tarde, mientras los demás descansaban, Marina y Luca se quedaron en la sala, estudiando los grabados del cuaderno. La esfera descansaba en el centro de la mesa, su brillo suave iluminando sus rostros.

—¿Tienes miedo? —preguntó Luca, rompiendo el silencio.

Marina lo miró, sorprendiéndose de la franqueza de la pregunta.
—Sí. ¿Tú no?

Luca sonrió levemente, pero había algo melancólico en su expresión.
—Siempre. Pero creo que es lo que nos mantiene alerta.

Marina dejó escapar una risa breve.
—Sabes, nunca pensé que estaría aquí, haciendo esto.

Luca inclinó la cabeza.
—¿Y ahora que estás aquí?

Marina lo miró fijamente, sus pensamientos enredados con los sentimientos que había intentado ignorar.
—No quiero fallar. No quiero perder lo que estoy empezando a encontrar.

Luca se inclinó hacia ella, su mirada intensa pero cálida.
—No lo perderás. Porque no te voy a dejar sola en esto.

Marina sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero las contuvo. En lugar de responder, tomó la mano de Luca y la apretó con fuerza, dejando que el gesto hablara por ella.

Bajo la luz de la esfera, ambos compartieron un momento de calma antes de que el amanecer los enfrentara a los desafíos que aún les esperaban.

Capítulo 16: Raíces profundas

El sol comenzaba a descender, bañando el valle de cerezos con un resplandor dorado. En la sala, Marina y Silvia estaban solas por primera vez en días. Arturo y Luca habían salido a explorar las cercanías del huerto en busca de alguna señal del "primer árbol", dejándolas con tiempo para hablar. El cuaderno de la abuela estaba abierto sobre la mesa, pero las palabras parecían no ofrecer más respuestas por el momento.

—Es extraño, ¿no? —dijo Silvia, rompiendo el silencio mientras miraba por la ventana—. Pasamos tanto tiempo lejos de este lugar, y ahora parece que todo gira en torno a él.

—No sé si extraño sea la palabra —respondió Marina, sin apartar la vista del cuaderno—. Para mí, esto se siente como un castigo.

Silvia se giró hacia ella, frunciendo el ceño.
—¿Un castigo? ¿Por qué?

Marina levantó la vista, dejando escapar un suspiro.
—Porque nunca pedí esto. Yo... yo no quería volver aquí, Silvia. Pero parece que todo el mundo cree que soy la única que puede arreglar las cosas.

Silvia cruzó los brazos, apoyándose en la mesa.
—¿Y crees que yo sí quería quedarme? Porque déjame decirte algo, Marina: tampoco fue fácil para mí.

La tensión en la habitación se hizo palpable. Marina se enderezó, sintiendo cómo las palabras que había mantenido contenidas durante años comenzaban a salir.
—Pero tú elegiste quedarte. Elegiste esta vida. Yo no. Yo tenía que salir de aquí, Silvia. Tenía que respirar.

—¿Salir de aquí? —replicó Silvia, su voz subiendo un tono—. Tú huías, Marina. Huiste de mamá y papá, y luego de la abuela, y ahora estás aquí quejándote de algo que ni siquiera entiendes del todo.

Marina se levantó de golpe, apuntándola con un dedo.
—¡No tienes idea de lo que pasé! Mientras tú estabas aquí jugando a ser la hija perfecta, yo tenía que sobrevivir sola, en una ciudad que me tragaba viva.

—¿Y crees que aquí fue más fácil? —replicó Silvia, sus ojos brillando con lágrimas contenidas—. Estar aquí, viendo cómo la abuela se apagaba poco a poco, tratando de mantener este lugar a flote, sola, mientras tú ni siquiera llamabas.

Las palabras de Silvia golpearon a Marina como una bofetada. El peso de la culpa que había cargado durante años se hizo insoportable.
—No sabía cómo regresar, Silvia. No sabía cómo enfrentar lo que dejamos atrás.

Silvia la miró, con la rabia mezclándose con la tristeza en su rostro.
—Pues ya es hora de que lo enfrentes, Marina. Porque esto no es solo sobre la esfera o el valle. Es sobre nosotras. Sobre lo que dejamos de ser.

Marina sintió que las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Se dejó caer de nuevo en la silla, apoyando los codos en la mesa mientras cubría su rostro con las manos.
—No quería perderte, Silvia. Pero no sabía cómo mantenernos cerca.

Silvia rodeó la mesa y se sentó junto a ella, colocando una mano en su hombro.
—Yo tampoco quería perderte, Marina. Pero ambas cometimos errores. Y ahora tenemos que enfrentarlos juntas.

Marina levantó la vista, encontrando los ojos de su hermana. Había tanto dolor acumulado entre ellas, pero también una chispa de comprensión, de algo que aún podía salvarse.

—No quiero hacerlo sola —murmuró Marina.

Silvia le apretó el hombro, sonriendo ligeramente.
—No estás sola. Y nunca lo estuviste, aunque creyeras lo contrario.

Una pista inesperada

El momento entre las hermanas fue interrumpido por el sonido de pasos apresurados que venían del exterior. La puerta se abrió de golpe, y Luca y Arturo entraron con expresiones tensas, trayendo consigo el olor de la tierra húmeda y el aire fresco del valle.

—Tenemos algo —dijo Luca, sacando un objeto envuelto en un paño oscuro.

Marina y Silvia intercambiaron miradas, levantándose de inmediato para acercarse a la mesa. Arturo desenrolló el paño con cuidado, revelando una figura de madera oscura, gastada por el tiempo pero claramente tallada con precisión. Representaba un cerezo, con raíces que se extendían hasta formar un intrincado diseño en la base.

—Lo encontramos en una parte del huerto donde los árboles son más viejos —explicó Arturo—. Estaba enterrado bajo capas de raíces, como si alguien lo hubiera ocultado a propósito.

Marina se inclinó hacia la figura, observando los detalles. En el centro de las raíces, había una pequeña cavidad circular que parecía haber sostenido algo importante.

—Esto es un marcador —dijo Silvia, tocando la madera con cuidado—. La abuela mencionaba algo parecido en sus notas. Un símbolo que señalaba el camino hacia el corazón del valle.

—Pero parece incompleto —intervino Marina, señalando la cavidad vacía—. Falta algo.

Luca asintió, su expresión grave.
—Probablemente la "llave mayor". Si este marcador estaba cerca del primer árbol, entonces es posible que la llave esté conectada con su ubicación.

—¿Encontraron algo más? —preguntó Marina, sintiendo cómo su corazón comenzaba a acelerarse.

Arturo negó con la cabeza.

—No exactamente, pero el lugar donde estaba enterrado tiene algo inusual. Las raíces de los árboles se entrelazan de una forma extraña, como si protegieran algo más profundo.

—Entonces tenemos que volver allí —dijo Marina, su determinación evidente.

—No esta noche —intervino Luca, mirándola con seriedad—. Es peligroso cavar más sin saber exactamente lo que buscamos. Necesitamos revisar el cuaderno y el libro de Eusebio para asegurarnos de no cometer un error.

Marina abrió la boca para protestar, pero Silvia colocó una mano en su brazo.

—Tiene razón. Nos preparamos esta noche, y mañana vamos juntas.

Marina asintió, aunque la impaciencia seguía latiendo en su interior. Mientras los demás comenzaban a discutir los siguientes pasos, ella no podía apartar la vista de la figura de madera. Algo en ella despertaba una conexión que no lograba comprender del todo.

"Todo esto está conectado", pensó. "La esfera, el marcador, la llave... y nosotras."

Por primera vez, Marina sintió que el misterio no solo era una carga, sino también una oportunidad de redención.

Capítulo 17: Entre raíces y promesas

La noche era fría, y las estrellas brillaban como agujeros diminutos en un manto de terciopelo negro. Dentro de la casa, el ambiente estaba cargado de una mezcla de expectativa y nerviosismo. Marina repasaba las notas de la abuela por enésima vez, buscando algo que pudiera arrojar luz sobre el marcador que habían encontrado. Silvia y Arturo discutían en voz baja en un rincón, mientras Luca, sentado cerca de la ventana, afilaba una pequeña navaja con movimientos lentos y precisos.

—¿No duermes? —preguntó Luca de repente, rompiendo el silencio entre ambos.

Marina levantó la vista, sorprendida de que él hubiera notado su mirada furtiva. Se encogió de hombros.

—Supongo que tengo demasiado en la cabeza.

Luca dejó la navaja a un lado y se acercó a ella, sentándose al borde de la mesa.

—Es normal. Pero no puedes cargar con todo sola, Marina. Tienes que confiar en nosotros, en mí.

Marina sostuvo su mirada, sintiendo cómo el peso de sus palabras la desarmaba.

—Confío en ti, Luca. Es solo que... tengo miedo.

Él sonrió levemente, y su sonrisa, aunque pequeña, contenía una promesa silenciosa.

—El miedo no es malo. Solo significa que esto importa.

Antes de que Marina pudiera responder, Luca extendió una mano y, sin decir nada, apartó un mechón de cabello que caía sobre su rostro. Fue un gesto simple, pero lleno de intimidad, y Marina sintió cómo el calor subía a sus mejillas. Por un momento, el mundo exterior pareció desvanecerse, dejando solo a ellos dos.

—Gracias —murmuró finalmente, susurrando como si el momento pudiera romperse si hablaba más fuerte.

Luca asintió, dejando que el silencio volviera a instalarse entre ellos. Pero esta vez, no era incómodo. Era un silencio lleno de complicidad, de algo que no necesitaba palabras para ser entendido.

El valle respira

A la mañana siguiente, el grupo partió hacia el lugar donde habían encontrado el marcador. El aire era fresco, cargado con el aroma de los cerezos y la promesa de un nuevo día. Marina caminaba al frente, con la figura de madera envuelta en un paño en sus manos, mientras los demás la seguían de cerca.

Cuando llegaron al lugar, todo estaba en calma. Los árboles más viejos se alzaban como guardianes silenciosos, sus ramas extendiéndose hacia el cielo como manos buscando respuestas. Arturo señaló una zona donde las raíces de los árboles formaban un intrincado laberinto.

—Es aquí —dijo, su voz apenas un susurro.

Silvia se acercó, observando las raíces con atención.

—Esto no parece natural. Es como si las raíces se movieran para proteger algo.

Marina se arrodilló, colocando el marcador en el suelo. Las raíces parecían vibrar ligeramente, como si reaccionaran a su presencia. Fue un detalle sutil, pero suficiente para que todos se quedaran inmóviles.

—¿Lo sienten? —preguntó Marina, mirando a los demás.

Luca asintió, su rostro reflejando tanto asombro como cautela.

—Es como si el valle estuviera vivo.

Arturo se agachó junto a Marina, estudiando las raíces con atención.

—Esto no es coincidencia. Este lugar tiene que ser el punto de conexión con el primer árbol.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Silvia, con el ceño fruncido.

Marina tomó aire, sintiendo cómo una extraña calma la envolvía.

—Creo que tenemos que excavar. Pero con cuidado.

Con herramientas improvisadas, el grupo comenzó a remover la tierra entre las raíces. A medida que cavaban, un olor a tierra húmeda y madera vieja llenaba el aire. Marina sentía que cada movimiento los acercaba más a algo importante, aunque no sabía exactamente qué.

Finalmente, después de horas de trabajo, encontraron algo. Era un baúl pequeño, hecho de madera oscura y decorado con grabados similares a los del marcador. Marina lo levantó con cuidado, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza.

—Ábrelo —dijo Luca, colocándose a su lado.

Con las manos temblorosas, Marina abrió el baúl. Dentro, encontró una llave dorada, más grande y elaborada que la que había encontrado en la caseta de la abuela. En la base de la llave, había un pequeño grabado de un árbol con raíces profundas.

—La llave mayor —murmuró Arturo, sus ojos brillando con emoción.

Marina sostuvo la llave con ambas manos, sintiendo cómo una extraña calidez se extendía por su cuerpo. En ese momento, supo que estaban más cerca de las respuestas, pero también más cerca del peligro.

Un susurro en el viento

Esa noche, de regreso en la casa, Marina no podía apartar la vista de la llave. La sostenía entre las manos, como si intentara entender su significado. Luca se sentó junto a ella, rompiendo el silencio con una voz baja.

—Lo estás haciendo bien, Marina.

Ella lo miró, sus ojos llenos de incertidumbre.
—¿Y si no es suficiente? ¿Y si fallo?

Luca tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.
—No vas a fallar. No mientras sigas luchando como lo haces.

Marina sintió cómo su corazón se aceleraba, pero esta vez no era por miedo. Había algo en la manera en que Luca la miraba, algo que le daba fuerza.

—Gracias —murmuró, inclinándose ligeramente hacia él.

Luca sonrió, y sin pensarlo, inclinó su rostro hacia el de ella, dejando un suave beso en su frente. Fue un gesto simple, pero lleno de promesas. Marina cerró los ojos, dejando que ese momento la envolviera, sabiendo que, pase lo que pase, no estaba sola.

Capítulo 18: El eco de los secretos

El amanecer llegó lentamente, cubriendo el valle con una luz dorada que parecía insuflarle vida. Marina sostenía la llave mayor en sus manos, estudiándola a la luz de la mañana mientras los demás se preparaban en silencio para lo que vendría. La textura del metal era suave, pero al mismo tiempo parecía vibrar bajo sus dedos, como si contuviera una energía que aún no entendía.

—¿En qué piensas? —preguntó Silvia, acercándose con dos tazas de café y entregándole una.

—En lo que esto significa —respondió Marina, sin apartar la vista de la llave—. ¿Crees que la abuela sabía lo que esto representaría para nosotras?

Silvia se sentó junto a ella, mirando el valle que se extendía frente a ellas.
—Siempre pensé que la abuela era solo una mujer fuerte, alguien que sabía cómo mantenernos unidas. Pero ahora... creo que era mucho más que eso. Y también creo que, si nos dejó esto, es porque confiaba en que podríamos manejarlo.

Marina dejó escapar un suspiro, apoyando la cabeza en el hombro de Silvia.
—Espero que tengas razón.

Silvia sonrió levemente, colocando una mano sobre la de Marina.
—La tengo. Aunque solo sea porque no tenemos otra opción.

El regreso al corazón del valle

Más tarde, el grupo se dirigió nuevamente al lugar donde habían encontrado la llave. Había algo solemne en el aire, como si el valle mismo los estuviera observando. Con la llave mayor en manos de Marina y el marcador en las de Luca, avanzaron hacia las raíces profundas del primer árbol.

El marcador parecía brillar débilmente en la luz del sol, y cuando lo colocaron en el suelo, las raíces comenzaron a moverse lentamente, separándose como si fueran conscientes de su presencia. El grupo se quedó inmóvil, observando cómo las raíces se abrían, revelando un pasaje oscuro que descendía hacia el subsuelo.

—¿Siempre pasan cosas así en este valle? —preguntó Silvia, intentando sonar ligera, aunque su voz temblaba ligeramente.

—No es tarde para arrepentirse —bromeó Arturo, pero su rostro estaba tenso.

Marina dio un paso adelante, sujetando la llave con fuerza.
—No. Ya llegamos demasiado lejos. Vamos.

Luca asintió, encendiendo una linterna y avanzando detrás de ella. Silvia y Arturo los siguieron, con una mezcla de cautela y curiosidad en sus expresiones.

El pasaje era estrecho, con paredes de piedra cubiertas de raíces que parecían pulsar con una energía tenue. El aire era denso y olía a tierra húmeda, pero había algo

más, un susurro apenas audible que parecía provenir de todas partes.

—¿Lo escuchan? —murmuró Silvia, deteniéndose por un momento.

Marina asintió, sintiendo cómo el sonido la envolvía. No eran palabras claras, pero había un ritmo en los susurros, como si las raíces mismas cantaran una canción antigua.

—Es el valle —dijo Luca, su voz baja pero firme—. Está vivo.

El descubrimiento

El pasaje se ensanchó finalmente, llevándolos a una cámara subterránea iluminada por una luz dorada que emanaba de las raíces del primer árbol. En el centro de la cámara, un pedestal de piedra sostenía una réplica perfecta de la esfera que Marina había encontrado antes, pero esta parecía más grande, más brillante, como si contuviera toda la energía del valle.

—Es... hermosa —susurró Silvia, incapaz de apartar la vista de la esfera.

Arturo avanzó lentamente, inspeccionando las paredes de la cámara.

—Estas inscripciones... hablan del rito. Dice que la llave mayor debe colocarse en el pedestal para activar la esfera.

Marina tragó saliva, mirando la llave en sus manos.

—¿Y luego qué?

—El resto dependerá de ti —dijo Arturo, girándose hacia ella—. Este rito no es solo un acto físico. Requiere una conexión con el valle, una disposición a aceptar su energía, a compartirla.

—¿Qué pasa si no lo hago bien? —preguntó Marina, su voz temblando ligeramente.

Luca se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.

—No vas a fallar. Estamos aquí contigo.

Marina asintió, tomando aire profundamente antes de avanzar hacia el pedestal. Cada paso parecía más pesado que el anterior, como si el peso de generaciones de secretos y responsabilidades cayera sobre ella.

Cuando finalmente colocó la llave en el pedestal, la cámara se llenó de una luz brillante. Las raíces vibraron, y el aire pareció cargarse de energía. Marina cerró los ojos, sintiendo cómo una corriente cálida recorría su cuerpo, conectándola con algo más grande que ella misma.

Los susurros se hicieron más claros, transformándose en palabras que solo ella podía entender.

"Protege. Conecta. Da vida."

Marina abrió los ojos, viendo cómo la esfera comenzaba a girar lentamente sobre

el pedestal. La energía que emanaba de ella era abrumadora, pero también reconfortante.

—¿Lo hicimos? —preguntó Silvia, su voz llena de asombro.

Marina asintió, pero antes de que pudiera responder, un estruendo sacudió la cámara. Las raíces comenzaron a moverse frenéticamente, como si algo hubiera perturbado el equilibrio.

—¡Algo no está bien! —gritó Arturo, retrocediendo hacia la entrada.

Marina miró a Luca, quien ya había tomado su mano.
—Tenemos que salir de aquí. Ahora.

Con la esfera brillando intensamente detrás de ellos, el grupo corrió hacia el pasaje, mientras el valle mismo parecía despertar completamente. El aire estaba lleno de sonidos y vibraciones, y Marina sabía que lo que habían hecho era solo el comienzo.

Capítulo 19: Cuando el valle despierta

El grupo emergió del pasaje subterráneo jadeando, con las manos y las rodillas cubiertas de tierra. Marina miró hacia el valle mientras el estruendo bajo sus pies comenzaba a calmarse. Todo parecía haberse detenido, pero había algo diferente. El aire estaba más pesado, cargado con una energía que era casi palpable.

—¿Qué pasó allá abajo? —preguntó Silvia, aún intentando recuperar el aliento.

Arturo sacudió la cabeza, mirando hacia el horizonte con el ceño fruncido.
—Activamos algo. La esfera reaccionó, pero no estoy seguro de que fuera solo el rito.

Marina, aún con la sensación de calor recorriendo su cuerpo, se giró hacia Luca.
—¿Crees que hicimos algo malo?

Luca negó con la cabeza, pero su expresión seguía siendo seria.
—No creo que fuera malo. Pero lo que sea que activaste, el valle lo sintió. Y no solo el valle.

—¿Qué significa eso? —preguntó Silvia, mirando a su alrededor como si esperara que algo o alguien apareciera entre los cerezos.

Marina se llevó una mano al pecho, donde aún sentía una vibración tenue, como un eco de lo que había experimentado en la cámara.
—Significa que no estamos solos.

Sombras en el horizonte

Esa tarde, el grupo regresó a la casa, tratando de procesar lo ocurrido. Marina se encontraba en la sala, sentada junto a la ventana, observando el valle con la llave mayor todavía en sus manos. Sus pensamientos estaban nublados, una mezcla de confusión y un extraño sentido de propósito.

Luca entró en silencio, con dos tazas de té en las manos. Colocó una frente a Marina y se sentó a su lado.
—¿Quieres hablar de lo que pasó allá abajo?

Marina tomó un sorbo de té antes de responder.
—No estoy segura de qué decir. Fue como si algo en mí se conectara con el valle, como si pudiera escuchar su voz.

Luca la observó con atención, sus ojos reflejando una mezcla de fascinación y preocupación.
—¿Y qué decía?

Marina cerró los ojos, intentando recordar las palabras exactas.
—Protege. Conecta. Da vida. Era como si el valle me estuviera pidiendo que cuidara de él, pero también me estuviera advirtiéndome de algo.

Luca asintió lentamente, colocando una mano sobre la de Marina.

—Lo que sea que esté pasando, no tienes que enfrentarlo sola.

Ella lo miró, sintiendo cómo su presencia la calmaba. Era un momento pequeño, pero lleno de significado, y Marina permitió que el peso en su pecho se aligerara un poco.

El primer ataque

El momento fue interrumpido por un grito desde el exterior. Marina y Luca se levantaron de golpe, corriendo hacia la puerta. Silvia estaba en el porche, señalando hacia el horizonte donde una figura se movía entre los árboles.

—¡Alguien está aquí! —gritó Silvia, retrocediendo mientras Arturo salía de la casa con una pala en la mano.

Marina sintió cómo su corazón se aceleraba. Por un momento, pensó que podía ser paranoia, pero entonces lo vio. Una figura vestida de negro, con un paso cauteloso pero decidido, se dirigía directamente hacia ellos. No parecía ser un aldeano.

—¿Quién es? —preguntó Marina, tomando la llave mayor con fuerza.

—No es alguien del pueblo —respondió Arturo, colocándose entre ella y la figura—. Y no parece amistoso.

Luca dio un paso adelante, su postura tensa pero controlada.
—Quédense detrás de mí.

La figura se detuvo a unos metros del porche, levantando las manos lentamente en un gesto de aparente rendición. Era un hombre alto, con cabello oscuro y un rostro inexpresivo. Su voz, cuando habló, era baja pero clara.

—No quiero problemas. Solo quiero hablar.

—¿Hablar de qué? —preguntó Luca, sin bajar la guardia.

El hombre sonrió ligeramente, aunque no había calidez en su gesto.
—De la esfera. Sé que la tienen.

Marina sintió cómo el aire se volvía más denso. Dio un paso adelante, pero Luca la detuvo con una mano en el brazo.

—¿Quién eres? —preguntó ella, con la voz más firme de lo que esperaba.

El hombre inclinó la cabeza, como si considerara cuánto debía decir.
—Mi nombre no importa. Lo que importa es que lo que tienen no les pertenece. Y si no me la entregan, habrá consecuencias.

—¿Eso es una amenaza? —intervino Silvia, cruzándose de brazos.

—Es un hecho —respondió el hombre, dando un paso más cerca.

Antes de que alguien pudiera responder, Arturo levantó la pala y apuntó con ella

hacia el extraño.

—Creo que es hora de que te vayas.

El hombre soltó una risa breve, pero no dio más pasos. En lugar de eso, señaló hacia el valle.

—Lo que han activado no solo despertó al valle. También despertó a quienes lo buscan. Yo soy solo el primero. Y no seré el último.

Marina sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El hombre dio media vuelta y se alejó, desapareciendo entre los árboles con la misma calma con la que había llegado.

Decisiones difíciles

Esa noche, el grupo se reunió en la sala, el aire cargado de tensión. Silvia miraba por la ventana, mientras Arturo estudiaba el cuaderno de la abuela con una intensidad renovada. Luca se encontraba junto a Marina, su expresión seria.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Silvia finalmente, rompiendo el silencio.

Marina miró la llave mayor en sus manos, sintiendo cómo el peso de la responsabilidad la aplastaba.

—Tenemos que proteger la esfera. Si la abuela pudo hacerlo, nosotros también podemos.

Arturo cerró el cuaderno con fuerza.

—Protegerla no será suficiente. Necesitamos entender qué despertamos y cómo detener lo que viene.

—¿Y si no podemos detenerlo? —preguntó Silvia, con los brazos cruzados.

Marina levantó la vista, su mirada firme.

—Entonces lucharemos. No sé cómo, pero lo haremos.

Luca asintió, colocando una mano sobre la de Marina.

—No estás sola en esto. Ninguno de nosotros lo está.

El grupo compartió una mirada de determinación, sabiendo que lo que vendría sería más difícil de lo que jamás imaginaron. Pero en ese momento, juntos, sabían que tenían una oportunidad.

Capítulo 20: Los enemigos invisibles

El amanecer trajo consigo una calma engañosa. El grupo había pasado la noche organizando las pocas armas y herramientas que tenían, discutiendo cómo defenderse de los posibles enemigos que, según el extraño del valle, estaban en camino. Pero a pesar de los planes, el miedo acechaba en cada rincón.

Marina despertó antes que los demás, incapaz de encontrar paz en el sueño. La llave mayor descansaba en la mesa junto a la esfera, ambas iluminadas por los primeros rayos de sol. Se quedó mirándolas, preguntándose cómo algo tan pequeño podía desatar una lucha tan grande.

Luca apareció detrás de ella, silencioso como siempre.
—¿No dormiste?

—Un poco —respondió Marina, girándose para encontrar su mirada—. ¿Tú?

Luca negó con la cabeza, dejando escapar un suspiro mientras se apoyaba contra la mesa.

—Es difícil dormir cuando sientes que algo está por llegar.

Marina asintió, compartiendo su inquietud. Por un momento, el silencio entre ellos fue cómodo, casi reconfortante. Pero luego Luca rompió la calma con una pregunta inesperada.

—¿Alguna vez pensaste en cómo sería tu vida si nada de esto hubiera ocurrido?

Marina lo miró, sorprendida.

—A veces. Pero también creo que, de alguna manera, todo me llevó aquí. Aunque no siempre sea fácil, siento que... es donde debo estar.

Luca sonrió levemente, sus ojos brillando con una mezcla de ternura y admiración.
—Entonces estás más cerca de entenderlo que yo.

—¿Entender qué? —preguntó ella, inclinándose ligeramente hacia él.

—Que a veces, las cosas no tienen sentido hasta que encuentras a las personas correctas para enfrentarlas.

Marina sintió cómo sus palabras la atravesaban, llenando un vacío que ni siquiera sabía que existía. Antes de que pudiera responder, Luca tomó su mano y la apretó suavemente.

—No importa lo que venga, Marina. Estoy contigo.

Ella asintió, dejando que la fuerza de su presencia calmara sus miedos, aunque fuera solo por un momento.

Un hallazgo inesperado

El día avanzó rápidamente, y el grupo decidió explorar el valle en busca de pistas

que pudieran prepararlos para lo que estaba por venir. Marina, Luca y Silvia se dirigieron hacia el arroyo, mientras Arturo se quedaba en la casa para proteger la esfera.

El arroyo brillaba bajo el sol, serpenteando entre los árboles como una vena que daba vida al valle. Silvia fue la primera en notar algo extraño.

—¿Ven eso? —dijo, señalando una formación de rocas cubiertas de musgo al borde del agua.

Luca se acercó, inspeccionándolas con cuidado.

—Parece una entrada...

Marina sintió cómo su corazón se aceleraba. Las rocas formaban un pequeño arco, apenas visible entre las raíces y la vegetación. Al empujar las rocas más pequeñas, revelaron un pasaje estrecho que descendía hacia la oscuridad.

—Otra caverna —murmuró Silvia, frunciendo el ceño.

—¿Entramos? —preguntó Luca, encendiendo su linterna.

Marina asintió, sintiendo una mezcla de temor y determinación.

—Si esto está aquí, es por algo. Tenemos que saber qué es.

El grupo descendió lentamente, el aire volviéndose más frío y húmedo a medida que se adentraban. La caverna era más pequeña que la anterior, pero en el centro encontraron algo que los dejó sin aliento: un altar de piedra cubierto con grabados similares a los del marcador y la llave mayor. Encima del altar había un libro cerrado, su cubierta decorada con un símbolo que les resultaba familiar: el árbol con raíces profundas.

—Esto... esto parece importante —dijo Silvia, acercándose al altar.

Luca levantó el libro con cuidado, abriéndolo lentamente. Las páginas estaban llenas de símbolos y escrituras en un idioma antiguo, pero había algo más. Entre las páginas, encontraron un mapa desgastado que mostraba el valle con detalles que no habían visto antes.

—Esto podría ser lo que necesitamos —dijo Marina, examinando el mapa con atención—. Mira, aquí están marcados varios puntos. Este... es el puente. Y este otro... parece estar cerca del centro del valle.

—¿El corazón del valle? —preguntó Luca, señalando el símbolo que destacaba en el mapa.

Marina asintió, sintiendo que las piezas comenzaban a encajar.

—Si encontramos esto, tal vez podamos entender cómo proteger la esfera.

Silvia, aunque intrigada, no pudo ocultar su preocupación.

—¿Y qué pasa si también lo encuentran ellos?

Marina guardó el mapa con cuidado, mirando a su hermana con determinación.

—Entonces tendremos que llegar primero.

El valle observa

Esa noche, el grupo volvió a reunirse en la casa para analizar el libro y el mapa. Arturo estudió las páginas con una lupa, mientras Luca y Marina marcaban los puntos del mapa en papel nuevo. Silvia se encargó de organizar las herramientas y provisiones para la mañana siguiente.

Mientras trabajaban, Marina no podía evitar sentir que el valle los observaba. Había algo en el aire, una tensión que parecía aumentar con cada hora que pasaba. Cuando levantó la vista, encontró a Luca mirándola desde el otro lado de la mesa. Sus ojos parecían decirle todo lo que las palabras no podían expresar: estaban juntos en esto, pase lo que pase.

Marina le devolvió la mirada, y aunque no dijo nada, su corazón se llenó de una nueva fuerza. No sabía lo que encontrarían al día siguiente, pero sabía que no estaría sola.

Capítulo 21: La carrera por el corazón del valle

El amanecer trajo consigo un aire pesado y denso, como si el valle contuviera la respiración. El grupo se preparó con rapidez, sabiendo que cada minuto era crucial. Con el mapa recién descubierto en sus manos, Marina lideró el camino, mientras los demás la seguían cargando provisiones y herramientas.

El destino era claro: el centro del valle, el lugar marcado como "el corazón" en el antiguo mapa. Pero no había caminos definidos, solo un laberinto de árboles, raíces y pendientes que parecían resistirse a su paso.

—¿Estamos seguros de que esto es lo correcto? —preguntó Silvia, ajustándose la mochila mientras miraba alrededor con inquietud.

—No hay otra opción —respondió Marina, su tono firme—. Si este lugar es lo que creemos, puede ser la clave para proteger la esfera y detener a quienes la buscan.

Luca, que caminaba a su lado, le lanzó una mirada tranquilizadora.
—Lo encontraremos. Solo sigue adelante.

A pesar de sus palabras, la tensión en el aire era palpable. Las ramas crujían bajo sus pies, y el viento traía consigo susurros que parecían provenir de todas partes. Marina no podía evitar mirar sobre su hombro de vez en cuando, como si esperara ver al extraño del día anterior o algo peor.

El primer obstáculo

Después de horas de caminata, llegaron a un claro en el bosque. En el centro, había un viejo puente de madera, cubierto de musgo y raíces que parecían haberlo reclamado como propio. Al otro lado, el terreno comenzaba a elevarse, llevando directamente al punto central del mapa.

—Es por aquí —dijo Arturo, señalando el puente—. Pero no parece muy seguro.

Marina avanzó con cautela, probando las tablas del puente con su pie.
—Si vamos uno por uno, puede que aguante. Pero tenemos que movernos rápido.

Luca fue el primero en cruzar, sus pasos firmes y calculados. Luego fue el turno de Silvia, que miraba hacia abajo con cada paso, como si temiera que el puente se desmoronara bajo sus pies. Cuando llegó el turno de Marina, el sonido de un crujido seco la hizo detenerse.

—¡Apúrate! —gritó Silvia desde el otro lado.

Marina dio un paso más, pero antes de que pudiera avanzar, una de las tablas cedió. Luca reaccionó de inmediato, lanzándose hacia adelante y atrapándola por el brazo justo a tiempo para evitar que cayera.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz cargada de preocupación.

—Sí... sí, gracias —murmuró Marina, su corazón latiendo con fuerza mientras Luca la ayudaba a ponerse de pie.

Cuando finalmente cruzaron, Arturo fue el último en avanzar. Pero antes de que pudiera llegar al otro lado, un estruendo rompió la calma. Un árbol cercano se desplomó con fuerza, cayendo a pocos metros del puente.

—¡Nos están siguiendo! —gritó Silvia, sacando una navaja de su mochila.

De entre los árboles, aparecieron dos figuras. Vestían de negro, como el hombre que los había confrontado antes, y sus movimientos eran rápidos y decididos.

—¡Corran! —ordenó Luca, tomando a Marina de la mano y tirando de ella hacia la elevación.

El grupo comenzó a correr, zigzagueando entre los árboles mientras las figuras los perseguían. Los sonidos de ramas rotas y pasos apresurados resonaban a su alrededor, creando una cacofonía que hacía imposible pensar con claridad.

La revelación del valle

Cuando llegaron al punto más alto, el paisaje frente a ellos los dejó sin aliento. El valle se abría en un círculo casi perfecto, con un árbol gigantesco en el centro. Sus raíces se extendían como venas por todo el terreno, conectando el bosque con el corazón mismo del valle. La luz del sol atravesaba sus ramas, creando un espectáculo de luces y sombras que parecía casi sobrenatural.

—Ese es... —comenzó Silvia, pero su voz se apagó ante la magnitud de lo que veían.

—El primer árbol —terminó Marina, sintiendo cómo la conexión con el valle se hacía más fuerte en su interior.

Las figuras de negro no se detuvieron. Llegaron al claro con la misma velocidad, pero antes de que pudieran avanzar más, el árbol reaccionó. Sus raíces comenzaron a moverse, levantándose del suelo como si estuvieran vivas. Un sonido profundo, como el retumbar de un tambor, llenó el aire.

—¡Atrás! —gritó Arturo, retrocediendo mientras las raíces formaban una barrera entre el grupo y sus perseguidores.

Marina sintió cómo la llave mayor en su mochila comenzaba a vibrar. La sacó, sosteniéndola frente a ella mientras las raíces parecían responder a su presencia.

—¡La llave! —exclamó Luca—. Tienes que usarla, Marina. Ahora.

Marina avanzó hacia el árbol, ignorando el miedo que le recorría el cuerpo. Al acercarse al tronco, vio un hueco perfectamente tallado que coincidía con la forma de la llave. Con un último vistazo hacia los demás, colocó la llave en su lugar.

El árbol reaccionó al instante. La luz que brillaba a través de sus ramas se

intensificó, bañando todo el valle en un resplandor dorado. Las figuras de negro se cubrieron los ojos, retrocediendo mientras el suelo temblaba bajo sus pies.

Entonces, una voz resonó en la mente de Marina. No era un susurro como antes; era clara, poderosa, y parecía venir del árbol mismo.

"Has despertado al guardián del valle. Ahora, protege lo que es tuyo."

El guardián

Una figura comenzó a formarse entre las raíces del árbol, emergiendo como si hubiera estado allí desde siempre. Era alta, con una silueta humana pero hecha de madera y corteza, y sus ojos brillaban con una luz dorada. Se giró hacia Marina, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Silvia, su voz apenas un susurro.

—El guardián —dijo Arturo, su rostro pálido—. La última defensa del valle.

El guardián levantó un brazo, y las figuras de negro intentaron escapar. Pero las raíces se movieron con rapidez, atrapándolos antes de que pudieran huir.

Marina sintió cómo su conexión con el valle se hacía más profunda. El guardián no hablaba, pero ella podía sentir sus pensamientos, su intención.

—No les hagas daño —murmuró, acercándose al árbol—. Solo quieren lo que no entienden.

Las raíces aflojaron su agarre, y las figuras cayeron al suelo, aturdidas. Sin perder tiempo, huyeron hacia el bosque, dejando al grupo solo con el guardián y el inmenso árbol.

Marina respiró profundamente, sintiendo cómo el valle parecía calmarse. Sabía que la batalla no había terminado, pero por primera vez, sintió que tenían una oportunidad.

Capítulo 22: Los lazos del guardián

El guardián permanecía inmóvil frente al grupo, su imponente figura emanando una energía que hacía vibrar el aire. Marina, todavía sosteniendo la llave mayor, sentía que cada fibra de su ser estaba conectada con el valle. El árbol parecía respirarla, escucharla, y, por primera vez, ella sintió que entendía lo que significaba ser parte de algo más grande.

Silvia fue la primera en romper el silencio.

—¿Está... vivo?

Arturo asintió lentamente, sus ojos fijos en el guardián.

—No como nosotros, pero sí. El guardián es una manifestación del valle, un símbolo de su poder. Y ahora está conectado a Marina.

Luca avanzó, colocando una mano en el hombro de Marina.

—¿Qué sientes?

Marina tomó aire, intentando encontrar las palabras.

—Es como si el valle me hablara, como si supiera quién soy. Quiénes somos todos. Pero también siento su miedo. Nos está advirtiendo.

—¿Advirtiéndonos de qué? —preguntó Silvia, dando un paso más cerca.

Marina cerró los ojos, dejando que la energía del árbol la atravesara. Entonces lo sintió: no solo el poder del valle, sino también la amenaza que se cernía sobre él.

—De ellos. No solo de los hombres de negro, sino de algo más grande. Algo que quiere destruirlo todo.

Arturo se acercó al guardián, estudiándolo con cautela.

—La abuela siempre supo que esto podía pasar. Es por eso que protegió la esfera y dejó la llave mayor para ti. Ella confiaba en que serías capaz de enfrentarlo.

Marina abrió los ojos, sintiendo cómo la determinación se asentaba en su interior.

—No voy a fallar. Pero no puedo hacerlo sola.

Luca apretó su hombro con fuerza.

—No tienes que hacerlo sola. Estamos contigo.

El guardián inclinó ligeramente la cabeza, como si entendiera sus palabras. Luego, con un movimiento lento pero deliberado, extendió una mano hacia el centro del árbol. Una pequeña cavidad se abrió, y en su interior, había un objeto brillante: una esfera más pequeña que la que Marina había encontrado antes, pero que parecía contener un poder aún mayor.

—¿Qué es eso? —preguntó Silvia, acercándose con cautela.

Marina tomó la esfera, sintiendo su calor inmediato. Una voz resonó en su mente, profunda y firme.

"La llave al futuro del valle. Protéjanla."

Marina miró a los demás, su expresión decidida.
—Esto es lo que estaban buscando. Lo que no pueden tener.

Un regreso inquietante

De vuelta en la casa, el grupo apenas habló. Cada uno procesaba lo que habían vivido, el peso de la esfera más pequeña y la presencia del guardián. Marina colocó la nueva esfera junto a la original, observando cómo ambas parecían resonar entre sí, emitiendo una luz tenue que iluminaba la habitación.

—Esto no se detendrá aquí —dijo Arturo finalmente, rompiendo el silencio—. Los hombres que vimos hoy no son los únicos. Si saben que encontramos esto, vendrán por nosotros con más fuerza.

—Entonces tenemos que estar listos —respondió Luca, con un tono firme.

—¿Listos para qué? —preguntó Silvia, dejando caer su mochila en el suelo—. ¿Para luchar? ¿Para enfrentarnos a quién sabe cuántos más? Esto no es una película, Luca. Somos cuatro personas contra... contra algo que ni siquiera entendemos.

—Entendemos lo suficiente —dijo Marina, su voz llena de calma pero también de determinación—. Esto no se trata solo de nosotros, Silvia. Se trata del valle, de todo lo que significa. Si nos rendimos ahora, ellos ganan. Y no voy a dejar que eso pase.

Silvia la miró fijamente, sus ojos llenos de frustración, pero también de respeto. Finalmente, asintió.

—Está bien. Pero más vale que tengas un plan.

Un momento de respiro

Esa noche, después de que Silvia y Arturo se retiraran a descansar, Marina salió al porche, incapaz de quedarse quieta. La esfera más pequeña seguía resonando en su mente, llenándola de preguntas que no sabía cómo responder.

Luca la encontró allí, apoyado en el marco de la puerta.
—Deberías dormir. Mañana será difícil.

Marina dejó escapar una risa suave.
—¿Crees que puedo dormir después de todo esto?

Luca caminó hacia ella, cruzando los brazos mientras la miraba.
—No, supongo que no.

Por un momento, ninguno de los dos habló. El sonido del viento y el susurro de los árboles llenaron el espacio entre ellos. Luego, Marina rompió el silencio.

—¿Alguna vez has sentido que no estás a la altura? Que todos esperan algo de ti que no sabes si puedes darles.

Luca inclinó la cabeza, sus ojos suaves pero serios.

—Todo el tiempo. Pero también he aprendido que las personas que te importan no esperan que seas perfecto. Solo esperan que lo intentes.

Marina lo miró, sintiendo cómo sus palabras la tocaban de una manera que no podía explicar.

—Gracias.

Luca dio un paso más cerca, su mirada fija en la de ella.

—No tienes que agradecerme. Estoy aquí porque quiero estarlo.

Antes de que Marina pudiera responder, Luca tomó su mano y la llevó a su pecho, donde su corazón latía con fuerza. El gesto era simple, pero estaba cargado de promesas.

—No importa lo que pase, Marina. No importa lo que venga. Estaré contigo.

Marina asintió, dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas mientras inclinaba la cabeza hacia él. Bajo la luz tenue de las estrellas, se permitió creer que, tal vez, todo saldría bien.

Capítulo 23: Ecos de guerra

El amanecer llegó con un cielo gris y una brisa helada que hacía que el valle pareciera contener la respiración. El grupo estaba reunido alrededor de la mesa en la casa, trazando un plan sobre el mapa que habían encontrado en la caverna. Marina, con la llave mayor en una mano y la pequeña esfera brillante en la otra, miraba el papel con el ceño fruncido.

—Aquí —dijo Arturo, señalando un punto marcado cerca del borde del valle—. Este lugar está conectado a las otras ubicaciones que encontramos. Si los que nos persiguen saben algo, este será su próximo movimiento.

—Entonces tenemos que llegar antes que ellos —respondió Luca, su tono firme—. Si los dejamos tomar el control de otra ubicación importante, perderemos la ventaja.

Silvia, que había estado en silencio hasta ese momento, soltó un suspiro y se cruzó de brazos.

—¿Y qué hacemos cuando lleguemos? No podemos seguir corriendo y escondiéndonos. Esto tiene que terminar de una vez.

Marina la miró, comprendiendo el cansancio en sus palabras.

—Lo terminará, Silvia. Pero primero tenemos que proteger lo que nos queda.

Silvia asintió, aunque su expresión seguía siendo tensa.

—De acuerdo. Pero si esto se complica, no voy a dudar en luchar.

—Ni yo —dijo Luca, mirando a Marina—. Estamos contigo, pase lo que pase.

Marina apretó la esfera con más fuerza, sintiendo su calidez en la palma de su mano. Sabía que el tiempo para las decisiones difíciles se acercaba.

El sendero hacia el borde

El camino hacia la ubicación marcada en el mapa era más complicado de lo que esperaban. El terreno se volvía más escarpado, y las raíces de los árboles sobresalían como si intentaran detenerlos. La lluvia de la noche anterior había dejado el suelo resbaladizo, haciendo que cada paso fuera una lucha contra el equilibrio.

—¿Cómo supo la abuela manejar todo esto sola? —preguntó Silvia mientras se apoyaba en un tronco para recuperar el aliento.

—No estaba sola —respondió Arturo desde atrás—. Tenía ayuda. Personas como Eusebio, aunque sus intenciones fueran cuestionables.

Marina se giró hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Crees que Eusebio dejó algo aquí?

Arturo asintió, aunque parecía dudar.

—Si este lugar es tan importante como parece, es posible. Eusebio nunca dejó nada al azar.

Luca, que iba al frente, levantó la mano, deteniéndolos.
—Algo se mueve más adelante.

El grupo se detuvo en seco, tensando los hombros mientras observaban el bosque. Durante unos segundos, solo se escuchó el viento entre los árboles. Luego, una figura emergió de entre las sombras, pero no era lo que esperaban.

Era una mujer, alta y delgada, con cabello oscuro recogido en una trenza y ojos que parecían brillar con una intensidad antinatural. Vestía ropa sencilla, pero llevaba un bastón tallado con símbolos similares a los del marcador y la llave mayor.

—No tienen por qué temerme —dijo, su voz suave pero firme—. He estado esperando por ustedes.

Marina intercambió una mirada con Luca antes de dar un paso adelante.
—¿Quién eres?

—Mi nombre es Alma. Y soy... una guardiana, como lo fue Carmen.

El grupo la miró con incredulidad. Silvia fue la primera en romper el silencio.
—¿Sabías de nuestra abuela?

Alma asintió, acercándose con cautela.
—Carmen y yo trabajamos juntas durante años. Ella protegió este valle, pero también dejó instrucciones claras. Si algo le pasaba, su familia sería la única capaz de continuar su legado.

Marina sintió cómo su corazón se aceleraba.
—¿Por qué nunca nos dijo nada?

Alma la miró con una mezcla de compasión y gravedad.
—Para protegerlas. Cuanto menos supieran, más seguras estarían. Pero ahora que están aquí, el tiempo para secretos ha terminado.

Revelaciones

El grupo siguió a Alma hasta un pequeño claro donde había una estructura de piedra semiderruida, cubierta de musgo. En su centro, había un círculo grabado en el suelo, similar al que habían visto en el marcador y la cámara del primer árbol.

—Este es un punto de anclaje —explicó Alma, colocando su bastón en el centro del círculo—. Aquí es donde el valle canaliza su energía hacia las raíces. Si lo toman, podrán desestabilizar todo el ecosistema.

—¿Cómo los detenemos? —preguntó Luca, su voz llena de urgencia.

Alma miró a Marina.
—Con esto.

Sacó un pequeño frasco de su bolsa, que contenía un líquido brillante que parecía moverse por sí mismo.

—Es esencia del valle. Extraída de sus raíces más antiguas. Si lo viertes en el anclaje, reforzará su conexión con el valle y lo protegerá de cualquier interferencia externa.

—¿Qué pasa si fallamos? —preguntó Silvia.

—Entonces todo lo que Carmen y ustedes han hecho habrá sido en vano —respondió Alma, su tono sombrío.

Marina tomó el frasco, sintiendo su peso y la responsabilidad que venía con él.
—No vamos a fallar.

Una emboscada

Antes de que pudieran comenzar el ritual, el sonido de pasos apresurados los hizo girarse. De entre los árboles surgieron varias figuras vestidas de negro, con armas improvisadas y rostros determinados.

—¡Nos encontraron! —gritó Silvia, sacando su navaja.

Alma levantó su bastón, golpeándolo contra el suelo. Al instante, las raíces del claro comenzaron a moverse, formando una barrera entre el grupo y los atacantes.

—¡Rápido, Marina! —exclamó Alma—. Vierte la esencia.

Marina corrió hacia el círculo, destapando el frasco mientras Luca y Silvia intentaban mantener a raya a los atacantes que lograban atravesar las raíces. Justo cuando estaba a punto de verter el líquido, uno de los hombres la derribó, haciendo que el frasco cayera de su mano.

—¡No! —gritó Marina, luchando contra él mientras el frasco rodaba por el suelo.

Luca apareció detrás del atacante, golpeándolo con fuerza y ayudando a Marina a incorporarse.

—¡Ve! Yo te cubro.

Marina recuperó el frasco y corrió hacia el círculo una vez más. Con manos temblorosas, vertió la esencia sobre el grabado. Al instante, el círculo brilló con una luz dorada, y las raíces del claro se alzaron, expulsando a los atacantes.

El valle parecía exhalar un suspiro profundo, y el silencio volvió a instalarse.

Después del caos

Cuando todo terminó, el grupo se reunió alrededor del círculo. Alma, visiblemente agotada, sonrió débilmente.

—Lo lograron.

Marina miró el círculo, que aún brillaba suavemente, y luego a sus compañeros. Sabía que esto era solo una victoria pequeña en una batalla mucho más grande, pero

por primera vez, sintió que estaban listos para enfrentar lo que viniera.

Luca se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.
—Estás bien.

Marina asintió, permitiéndose sonreír por primera vez en días.
—Gracias a todos ustedes.

El valle estaba seguro, por ahora. Pero sabían que el verdadero desafío aún estaba por llegar.

Capítulo 24: El equilibrio quebrado

El amanecer siguiente llegó cubierto por una neblina espesa que parecía envolver al valle como un velo protector. Sin embargo, en el interior de la casa, la atmósfera era todo menos tranquila. El grupo estaba exhausto después de la emboscada, pero la presencia de Alma había infundido algo de esperanza entre ellos.

Marina observaba las esferas brillando suavemente en la mesa, cada una emitiendo un pulso rítmico que parecía latir al compás de su corazón. La pequeña esfera que Alma les había entregado ahora parecía sincronizarse con la más grande, como si ambas estuvieran formando una conexión más fuerte.

—Esto no ha terminado, ¿verdad? —preguntó Silvia, rompiendo el silencio mientras apoyaba los codos en la mesa.

Alma, que estaba sentada cerca del fuego, negó con la cabeza.
—No. La esencia ha reforzado el anclaje, pero los que buscan el valle no se rendirán tan fácilmente. El poder que alberga este lugar es demasiado grande.

Arturo frunció el ceño, revisando nuevamente el mapa desgastado.
—Si lograron encontrarnos aquí, significa que tienen acceso a información que no deberíamos haber dejado al descubierto. Tal vez hay alguien más... alguien dentro del pueblo.

—¿Un traidor? —preguntó Silvia, con incredulidad en su tono.

Luca asintió lentamente.
—Es posible. O alguien que fue manipulado. No importa cómo, pero debemos asumir que conocen nuestros movimientos.

Marina apretó los labios, mirando a los demás.
—Entonces no podemos quedarnos aquí esperando. Tenemos que adelantarnos.

Alma asintió, levantándose del sillón con el apoyo de su bastón.
—El valle no necesita solo defensa. Necesita un equilibrio total. Y eso significa activar los demás anclajes.

—¿Más anclajes? —preguntó Marina, con el ceño fruncido.

Alma señaló el mapa.
—Hay tres puntos principales que sostienen la energía del valle. Uno ya está protegido, pero los otros dos aún están vulnerables. Si los enemigos los alcanzan antes que nosotros, podrían desestabilizarlo todo.

El silencio que siguió fue pesado. Cada miembro del grupo sabía lo que significaba: tenían que dividirse.

Decisiones

Esa noche, mientras el grupo se reunía alrededor de la mesa para planificar, las

tensiones eran palpables. Marina observaba a Luca, Silvia y Arturo discutir sobre la mejor manera de abordar los dos anclajes restantes. Alma estaba sentada en silencio, pero su mirada no se apartaba de Marina.

—Marina —dijo Alma finalmente, interrumpiendo la conversación—. Necesito hablar contigo.

Marina asintió, siguiéndola hacia un rincón de la sala mientras los demás continuaban discutiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina.

Alma la miró con intensidad.

—El valle ha elegido confiar en ti, Marina. No solo porque eres parte de la familia de Carmen, sino porque tienes una conexión especial con él. Pero esa conexión tiene un precio.

—¿Un precio? —repitió Marina, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

—El equilibrio que buscas proteger no puede mantenerse sin sacrificios. El valle tomará algo de ti, algo importante, para garantizar su supervivencia.

Marina se quedó en silencio, procesando sus palabras. Quería preguntar más, pero algo en la expresión de Alma le dijo que ya sabía la respuesta.

—No importa lo que tome —dijo finalmente, con la voz firme—. Haré lo que sea necesario.

Alma asintió, aunque su mirada estaba cargada de preocupación.

—Espero que lo entiendas cuando llegue el momento.

Separación

A la mañana siguiente, el grupo se despidió brevemente antes de dividirse en dos equipos. Marina, Luca y Alma se dirigirían al segundo anclaje, mientras que Silvia y Arturo protegerían la casa y la esfera.

—Cuídense —dijo Silvia, abrazando a Marina con fuerza antes de que partieran—. Y no hagas ninguna locura sin mí.

—Prometido —respondió Marina con una sonrisa débil.

Luca colocó una mano en el hombro de Arturo antes de partir.

—Mantén la casa segura. Si algo pasa, envíanos una señal.

Arturo asintió, sosteniendo su navaja con determinación.

—Lo mismo digo para ustedes.

Marina miró a Luca mientras comenzaban a caminar hacia el bosque. Sabía que el peligro estaba por todas partes, pero también sabía que no podía permitirse fallar.

El segundo anclaje

El camino hacia el segundo anclaje fue más difícil de lo que esperaban. Las lluvias recientes habían transformado el suelo en un lodazal, y las raíces sobresalientes hacían que cada paso fuera un desafío. Sin embargo, el grupo avanzaba con determinación, guiados por las instrucciones de Alma.

Cuando finalmente llegaron, el paisaje era completamente distinto al del primer anclaje. Un lago oscuro y silencioso se extendía frente a ellos, rodeado de árboles antiguos que parecían susurrar en voz baja. En el centro del lago, una pequeña isla se alzaba con un monolito de piedra grabado con símbolos familiares.

—Es ahí —dijo Alma, señalando el monolito—. Pero el lago no será fácil de cruzar.

Luca inspeccionó el agua, frunciendo el ceño.
—No parece profundo, pero tampoco es normal.

Marina sintió un escalofrío mientras observaba el lago. Había algo inquietante en él, como si estuviera esperando que cometieran un error.

—No tenemos otra opción —dijo Marina, avanzando hacia el agua—. Vamos.

Luca la detuvo, tomando su mano.
—Voy contigo.

El grupo avanzó lentamente, con el agua llegando hasta sus rodillas. A medida que se acercaban a la isla, el aire parecía volverse más frío, y el lago comenzó a agitarse, como si algo bajo la superficie estuviera despertando.

Cuando finalmente llegaron al monolito, Marina colocó la pequeña esfera en el centro del grabado. El monolito comenzó a brillar, pero el lago reaccionó de inmediato. Una figura oscura emergió del agua, alta y deformada, con ojos rojos que parecían perforarlos.

—¡Cuidado! —gritó Alma, levantando su bastón.

Marina sintió que la esfera en el monolito comenzaba a vibrar, enviando una oleada de energía a través del agua. La figura avanzó hacia ellos con movimientos torpes pero implacables, y Marina supo que el valle no los dejaría pasar sin probar su determinación.

—¡Luca! —gritó Marina, sujetando la esfera con fuerza mientras él se colocaba frente a ella.

El valle había despertado una vez más, y esta vez, no se detendría sin una pelea.

Capítulo 25: La prueba del lago

El monstruo emergido del lago era una amalgama de raíces y agua negra, su figura grotesca moviéndose con una lentitud engañosa. Cada paso que daba hacía que el agua temblara, y sus ojos rojos parecían clavarse directamente en Marina.

—¡Retrocede! —gritó Luca, poniéndose delante de Marina con su navaja en alto.

—No servirá de nada atacarlo directamente —dijo Alma con firmeza, golpeando su bastón contra el suelo de la isla—. Este guardián no busca matarlos. Está aquí para probarlos.

—¿Probar qué? —preguntó Marina, sin apartar la mirada de la criatura.

—Su compromiso con el valle —respondió Alma—. No puede ser derrotado con fuerza bruta, sino con voluntad. Marina, esto depende de ti.

Las palabras de Alma resonaron en Marina como un eco. Sintió el peso de la esfera en sus manos, vibrando con una intensidad creciente. Sabía que no podía dudar. Inspiró profundamente y dio un paso al frente.

—¡Marina, no! —gritó Luca, intentando detenerla, pero ella lo apartó suavemente.

—Esto es mío —dijo, con una calma que sorprendió incluso a ella misma.

La criatura rugió, y el sonido reverberó en el aire como un trueno. Marina avanzó, sosteniendo la esfera frente a ella, dejando que su calor llenara su cuerpo. Cuando llegó a pocos metros del guardián, este se detuvo, inclinando su cabeza como si la estuviera evaluando.

—No estoy aquí para destruirte —dijo Marina en voz alta, su voz firme a pesar de sus temores—. Estoy aquí para proteger el valle. Si necesitas mi fuerza, tómala, pero no me detengas.

El guardián rugió nuevamente, y Marina sintió cómo una oleada de energía la atravesaba. Por un momento, su visión se oscureció, y todo lo que pudo ver fue el árbol central del valle, sus raíces extendiéndose como venas por toda la tierra. Era como si el valle mismo le estuviera mostrando su corazón.

Cuando abrió los ojos, el guardián estaba arrodillado frente a ella, su cuerpo comenzando a desintegrarse en el agua. La calma volvió al lago, y el monolito brilló con una luz intensa antes de estabilizarse.

—Lo lograste —dijo Alma, con un suspiro de alivio.

Luca corrió hacia Marina, tomándola por los hombros.

—¿Estás bien? ¿Qué pasó?

Marina asintió, aunque estaba visiblemente agotada.

—El guardián quería saber si realmente estaba comprometida. Creo que... creo que ahora lo sabe.

Un retorno cargado de dudas

El grupo regresó a la casa al caer la noche, cansados pero aliviados por el éxito en el segundo anclaje. Silvia y Arturo los recibieron con caras de preocupación, pero el alivio al verlos sanos fue evidente.

—¿Lo lograron? —preguntó Silvia mientras ayudaba a Marina a sentarse.

—Sí, pero no fue fácil —respondió Luca, sirviendo agua para todos.

Arturo estudió la esfera más pequeña, que ahora parecía brillar con una luz más estable.

—Esto es un paso importante. Pero aún queda un anclaje, y no podemos asumir que será igual de sencillo.

—¿Sencillo? —replicó Silvia, cruzándose de brazos—. ¿Escuchaste lo que pasó? Casi los matan.

—Pero no lo hicieron —interrumpió Marina, con más fuerza de la que esperaba—. Estamos más cerca, Silvia. No podemos detenernos ahora.

El silencio que siguió fue pesado, pero todos sabían que Marina tenía razón. A pesar del peligro, tenían que seguir adelante.

Un momento de intimidad

Esa noche, después de que los demás se retiraran a descansar, Marina se quedó en la sala, mirando las esferas en la mesa. Sentía que algo en ella había cambiado durante la prueba, como si una parte del valle ahora viviera dentro de ella.

Luca entró en silencio, como si supiera que la encontraría despierta. Se sentó a su lado, observándola con una mezcla de preocupación y admiración.

—No has parado desde que llegamos. Deberías descansar —dijo, su voz suave.

Marina lo miró, dejando escapar un suspiro.

—No puedo. Todo esto... siento que el valle depende de mí, y no sé si estoy lista para lo que viene.

Luca tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Estás lista. Lo has estado desde el principio, incluso si no lo sabías.

Ella lo miró, y por un momento, el peso en su pecho se alivió. Luca siempre sabía qué decir, cómo hacerla sentir que no estaba sola.

—Gracias por estar aquí —murmuró Marina, apoyando su cabeza en su hombro.

Luca sonrió, acariciando suavemente su cabello.

—No tienes que agradecerme. Esto es exactamente donde quiero estar.

El silencio que siguió estuvo lleno de algo más que palabras, una conexión que iba más allá de lo que podían expresar. Marina cerró los ojos, dejando que la calidez de su

proximidad la envolviera, y por primera vez en días, sintió que podía respirar.

El valle se estremece

Justo cuando el sueño comenzaba a alcanzarla, un sonido bajo y profundo resonó en la distancia. Marina abrió los ojos de golpe, encontrándose con la expresión alarmada de Luca.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella, poniéndose de pie.

Silvia y Arturo llegaron corriendo desde sus habitaciones, con los ojos llenos de preocupación.

—Algo está pasando —dijo Arturo, señalando hacia el valle.

Marina salió corriendo al porche, seguida por los demás. En la distancia, hacia el tercer anclaje, una luz rojiza iluminaba el cielo. Era un resplandor inquietante, como si el mismo valle estuviera ardiendo.

—Llegaron primero —dijo Alma, su voz cargada de gravedad mientras salía al porche con su bastón—. Esto es lo que temíamos.

Marina apretó los puños, sintiendo cómo la determinación se apoderaba de ella.
—Entonces vamos a detenerlos.

El grupo intercambió miradas, y aunque el miedo era palpable, también lo era su determinación. Sabían que el tercer anclaje sería el mayor desafío, pero no podían permitir que el valle cayera.

Capítulo 26: El último anclaje

La noche era densa, y el resplandor rojo en el horizonte parecía consumir el cielo. Cada paso hacia el tercer anclaje era una mezcla de urgencia y tensión, con el grupo avanzando rápidamente a través del terreno irregular. Marina lideraba la marcha, con Luca a su lado, mientras Alma marcaba el camino con su bastón.

—¿Estamos cerca? —preguntó Silvia, jadeando mientras esquivaba las raíces que sobresalían del suelo.

—Muy cerca —respondió Alma, su voz grave—. El tercer anclaje está en la colina más alta del valle. Es donde todo converge.

Arturo, que iba detrás del grupo, se detuvo un momento, mirando hacia atrás. Algo en el aire le puso los pelos de punta.

—¿Sienten eso? —preguntó en voz baja.

Marina se giró, frunciendo el ceño.

—¿Qué cosa?

Arturo señaló hacia el bosque detrás de ellos, donde las sombras parecían moverse.

—Estamos siendo seguidos.

Luca sacó su navaja, su mirada fija en la penumbra.

—No tenemos tiempo para enfrentarlos. Si nos alcanzan, estaremos en desventaja.

—Entonces debemos movernos más rápido —dijo Alma, apretando el ritmo.

La llegada al anclaje

Cuando finalmente llegaron a la cima de la colina, el tercer anclaje se reveló ante ellos. Era un círculo perfecto de piedras, rodeado por un anillo de árboles inmensos cuyas ramas se entrelazaban formando un dosel natural. En el centro, un pedestal de piedra sostenía un grabado similar al de los otros anclajes, pero este brillaba con un resplandor rojo ominoso.

—Ya están aquí —murmuró Marina, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

En el centro del círculo, dos figuras vestidas de negro trabajaban frenéticamente alrededor del pedestal. Una de ellas sostenía un objeto que emitía la luz roja que iluminaba el cielo. Parecía un fragmento de la esfera original, pero su energía era oscura, inquietante.

—Están corrompiendo el anclaje —dijo Alma, con una mezcla de rabia y miedo en su voz—. Si completan lo que están haciendo, el valle podría colapsar.

—¿Cómo los detenemos? —preguntó Silvia, sacando su navaja.

Alma miró a Marina.

—Tienes que usar la pequeña esfera. Si logras conectarla con el anclaje, puedes purificarlo. Pero necesitarás tiempo, y ellos no te lo darán.

Luca dio un paso adelante, con la determinación grabada en su rostro.
—Entonces se lo daremos.

El enfrentamiento

El grupo se dividió rápidamente. Luca, Silvia y Arturo se lanzaron hacia las figuras de negro, utilizando la sorpresa a su favor. Mientras tanto, Marina y Alma avanzaron hacia el pedestal, con la esfera pequeña vibrando cada vez más fuerte en las manos de Marina.

Las figuras reaccionaron rápidamente. Una de ellas, un hombre alto con una cicatriz en el rostro, sacó un arma improvisada mientras gruñía.
—¡Deténganlas!

Luca se enfrentó a él sin dudar, esquivando un golpe y devolviendo otro con una fuerza calculada. Silvia, por su parte, atacó a la segunda figura, una mujer de movimientos rápidos que parecía anticipar cada uno de sus ataques. Arturo se unió a la pelea, usando una rama gruesa como arma.

—¡Date prisa, Marina! —gritó Silvia, mientras bloqueaba un ataque.

Marina llegó al pedestal, sus manos temblando mientras intentaba colocar la esfera en el centro del grabado.
—No puedo hacerlo sola —dijo, su voz llena de ansiedad.

—Sí puedes —respondió Alma, colocando una mano firme en su hombro—. Eres la conexión entre el valle y su equilibrio. Cree en ti misma.

Inspirando profundamente, Marina colocó la esfera en el pedestal. La energía que emanó fue inmediata, una luz blanca que se expandió por todo el círculo, enfrentándose al resplandor rojo.

El valle pareció rugir en respuesta. Las raíces de los árboles se levantaron, moviéndose como serpientes, atrapando a las figuras de negro y apartándolas del pedestal. Una de ellas logró liberarse y corrió hacia Marina, pero Luca lo interceptó, derribándolo al suelo.

—¡Es suficiente! —gritó Luca, inmovilizándolo con fuerza.

Marina cerró los ojos, concentrándose en la conexión con el valle. Sintió cómo la energía de la esfera se extendía, purificando el anclaje y devolviendo su equilibrio. La luz roja se disipó lentamente, reemplazada por un resplandor dorado que iluminó toda la colina.

El sacrificio

Justo cuando todo parecía haberse calmado, un dolor agudo atravesó a Marina. Se llevó una mano al pecho, sintiendo cómo algo dentro de ella se quebraba. Alma la sostuvo antes de que cayera al suelo.

—El valle ha tomado lo que necesitaba —dijo Alma en voz baja.

—¿Qué...? —murmuró Luca, corriendo hacia Marina con el rostro lleno de preocupación.

Alma lo miró con tristeza.

—Parte de su energía vital. Marina es ahora una con el valle. Su conexión es más fuerte, pero también pagará el precio con el tiempo.

—¿Eso significa que...? —comenzó Silvia, su voz temblando.

—No significa nada ahora —interrumpió Marina, aunque su rostro estaba pálido—. Lo logramos. Eso es lo que importa.

Luca la sostuvo con cuidado, sus ojos llenos de una mezcla de orgullo y angustia.
—No voy a dejar que te pase nada.

Marina le sonrió débilmente.

—Lo sé. Y eso es lo que me da fuerza.

El valle respira

Cuando el grupo regresó al claro principal del valle, la energía en el aire era diferente. Las raíces estaban quietas, los árboles parecían más altos y las hojas brillaban con un tono verde vibrante. El valle había cambiado, como si hubiera renacido.

Marina, aunque agotada, sintió una paz que nunca antes había experimentado. Sabía que su lucha no había terminado, pero por primera vez, sintió que podían enfrentar lo que viniera.

—Esto es solo el comienzo —dijo Alma, mirando el horizonte—. Pero gracias a ustedes, el valle tiene una oportunidad.

Marina miró a Luca, Silvia y Arturo, sus rostros marcados por el cansancio pero también por la determinación. Juntos, habían logrado lo imposible. Y juntos, enfrentarían lo que estaba por venir.

Capítulo 27: La calma antes de la tormenta

El amanecer iluminó el valle con un resplandor dorado que parecía reflejar la nueva paz que Marina y los demás habían logrado. Las raíces habían regresado a su lugar, y el viento suave susurraba a través de los cerezos, como si el valle mismo agradeciera su sacrificio.

Sin embargo, dentro de la casa, la atmósfera seguía siendo tensa. Marina estaba sentada junto a la mesa, con la pequeña esfera descansando en sus manos. Su conexión con el valle era más fuerte que nunca, pero el costo de esa conexión pesaba sobre ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Luca, sentándose frente a ella con una taza de té caliente.

Marina levantó la mirada, su rostro pálido pero determinado.
—Cansada. Pero también... diferente. Siento al valle, Luca. Puedo escucharlo, como un murmullo constante en mi mente.

Luca extendió una mano, cubriendo la de ella.
—Lo que hiciste fue increíble. Pero no tienes que cargar con esto sola.

Marina le dedicó una pequeña sonrisa, aunque sus ojos reflejaban el peso que sentía.
—Lo sé. Pero si esto es lo que se necesita para proteger el valle, estoy dispuesta a hacerlo.

Luca apretó suavemente su mano.
—No vas a hacerlo sola. Todos estamos contigo.

Un nuevo problema

Silvia y Arturo entraron en la sala, interrumpiendo el momento. Sus expresiones eran serias, y Arturo sostenía el mapa que habían utilizado para localizar los anclajes.

—Tenemos un problema —dijo Arturo, extendiendo el mapa sobre la mesa.

Marina frunció el ceño, inclinándose para observarlo.
—¿Qué pasa?

Arturo señaló un punto en el mapa, más allá de los anclajes que ya habían asegurado.

—Mientras revisaba el mapa, noté algo extraño. Este punto aquí no es un anclaje, pero está marcado con el mismo símbolo que la esfera.

—¿Qué significa? —preguntó Silvia, cruzándose de brazos.

Alma, que acababa de entrar en la sala, se acercó al mapa. Su rostro se tensó al ver el punto que Arturo señalaba.

—Es un lugar que Carmen nunca quiso que tocáramos. Lo llamaba "el punto de no

retorno".

Marina sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
—¿Por qué no quería que lo tocáramos?

—Porque es donde todo comenzó —respondió Alma, su voz cargada de gravedad—. Y también donde todo podría terminar.

El origen del valle

Según Alma, el punto de no retorno era el lugar donde se había creado la esfera original, mucho antes de que el valle se convirtiera en lo que es ahora. Era un lugar cargado de energía pura, pero también de peligro.

—Los que buscaban la esfera antes de ustedes intentaron llegar allí —dijo Alma, mirando a Marina con seriedad—. Pero ninguno regresó. Carmen creía que el lugar no debía ser tocado, que era demasiado peligroso.

—¿Y si ellos ya saben dónde está? —preguntó Silvia, su voz llena de preocupación—. No creo que se detengan porque sea peligroso.

—No lo harán —respondió Marina, apretando los puños—. Y eso significa que tenemos que llegar antes que ellos.

Luca asintió, aunque su expresión era sombría.
—Esto será diferente a los anclajes. Si ese lugar es tan poderoso como dices, no podemos enfrentarlo sin estar preparados.

—Entonces nos prepararemos —dijo Marina, su voz firme—. Pero no podemos ignorarlo. No después de todo lo que hemos hecho.

Preparativos

El resto del día fue un torbellino de actividad. Arturo revisó el mapa nuevamente, trazando la ruta más rápida hacia el punto de no retorno. Silvia preparó las provisiones, mientras Alma revisaba los textos antiguos en busca de cualquier pista sobre lo que podrían encontrar allí.

Luca y Marina pasaron horas revisando las esferas, intentando comprender cómo podrían ayudarlas en su próximo desafío. La pequeña esfera seguía vibrando débilmente en las manos de Marina, como si también supiera lo que estaba por venir.

—¿Crees que podremos manejarlo? —preguntó Marina, su voz apenas un susurro.

Luca se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.
—Hemos llegado más lejos de lo que cualquiera esperaba. Y mientras estemos juntos, creo que podemos manejar cualquier cosa.

Marina lo miró, encontrando en sus ojos una calma que le devolvía la esperanza.
—Gracias, Luca. Por no dejarme caer.

Luca sonrió, inclinándose ligeramente hacia ella.
—Siempre estaré aquí para ti, Marina.

El momento se interrumpió cuando Silvia entró apresuradamente en la sala, sosteniendo una pequeña caja que había encontrado entre las pertenencias de Carmen.

—Miren esto —dijo, colocándola sobre la mesa.

Dentro de la caja había un pequeño frasco con un líquido plateado y brillante. Alma lo tomó, sus ojos ensanchándose al reconocerlo.

—Es esencia del primer árbol. Carmen debía haberlo guardado como último recurso. Esto podría ser lo que necesitamos para enfrentar lo que viene.

Marina tomó el frasco, sintiendo su peso. Sabía que lo que estaba por venir sería su mayor prueba, pero también sabía que no estaba sola.

Hacia el punto de no retorno

Al amanecer, el grupo estaba listo. Cargaron sus provisiones y comenzaron a descender por el camino marcado en el mapa. El aire era más denso que antes, y el bosque parecía más oscuro, como si el valle mismo contuviera la respiración.

Marina lideraba el camino, con la pequeña esfera y el frasco de esencia del primer árbol en su mochila. Cada paso los acercaba más al lugar donde todo había comenzado, y aunque el miedo estaba presente, también lo estaba la determinación.

Sabían que el final estaba cerca. Pero ninguno de ellos sabía si ese final sería el de su lucha o el del valle mismo.

Capítulo 28: El punto de no retorno

El sendero hacia el lugar marcado en el mapa era un viaje hacia lo desconocido. Los árboles se volvían más altos y densos a medida que avanzaban, sus raíces sobresalientes hacían el camino más traicionero. El aire era más pesado, cargado con una energía que parecía presionar contra sus cuerpos.

—¿Alguien más siente eso? —preguntó Silvia, rompiendo el silencio.

—Es la energía del valle —respondió Alma, con su bastón apoyado contra una raíz para mantener el equilibrio—. Aquí se concentra toda su fuerza.

Luca, que estaba justo detrás de Marina, frunció el ceño.
—Se siente como si algo nos estuviera mirando.

Marina no respondió. Sentía esa mirada también, pero no era hostil. Era como si el valle mismo estuviera vigilando sus pasos, evaluándolos. Llevaba la pequeña esfera apretada contra su pecho, buscando en su calor un consuelo que parecía inalcanzable.

Cuando finalmente llegaron al claro, el grupo se detuvo, atónitos ante la escena que se desplegaba ante ellos. En el centro del espacio abierto había un cráter enorme, cubierto de raíces que parecían extenderse hacia el infinito. En el fondo, una luz pulsante brillaba en tonos dorados y plateados, iluminando el rostro de todos con un resplandor sobrenatural.

—Esto... esto es increíble —susurró Arturo, dando un paso hacia el borde del cráter.

—Es el corazón del valle —dijo Alma, con la voz cargada de reverencia—. Y también su mayor debilidad.

Marina se acercó lentamente, sintiendo cómo la esfera vibraba en sus manos con más intensidad. Sabía que esto era lo que habían estado buscando, pero también sabía que no estaban solos.

El ataque

El sonido de pasos rápidos interrumpió su asombro. De entre los árboles surgieron varias figuras vestidas de negro, sus rostros cubiertos con máscaras que reflejaban la luz del cráter. Esta vez, no eran dos o tres. Eran al menos una docena.

—¡Nos encontraron! —gritó Silvia, sacando su navaja.

Luca se colocó frente a Marina, con su navaja en alto.
—¡Manténganse juntos!

Las figuras avanzaron rápidamente, pero antes de que pudieran alcanzar al grupo, las raíces alrededor del cráter comenzaron a moverse. Se alzaron como serpientes gigantes, formando una barrera que separó a los enemigos de Marina y los demás.

—El valle está protegiéndose —dijo Alma, con una mezcla de alivio y preocupación—. Pero no será suficiente.

Marina sabía que tenía que actuar. Miró el cráter, luego a la pequeña esfera en sus manos.

—Tengo que bajar.

—¿Bajar? —preguntó Luca, mirándola como si hubiera perdido la cabeza—. Marina, no puedes hacer eso.

—No tenemos otra opción —respondió ella, con la voz firme—. Si no reconecto el corazón del valle con esta esfera, todo esto será en vano.

—No te dejaré sola —dijo Luca, acercándose a ella.

Marina lo miró, con lágrimas en los ojos.

—No puedo arriesgarme a que algo te pase. Esto es algo que tengo que hacer sola.

Antes de que pudiera responder, Marina apretó la esfera contra su pecho y comenzó a descender por las raíces hacia el cráter. La luz a su alrededor se intensificaba con cada paso, y sentía cómo el calor de la esfera se fundía con el de su propia energía.

El corazón del valle

Cuando llegó al fondo, Marina quedó sin aliento. En el centro del cráter había un objeto que parecía una versión más grande de la esfera, pero esta estaba rota, sus fragmentos emitiendo pulsos de energía descontrolados.

"Esto es lo que está dañando el valle," pensó Marina.

Sin dudar, levantó la pequeña esfera, sintiendo cómo vibraba con una intensidad casi dolorosa. Su cuerpo comenzó a llenarse de la energía del lugar, como si el valle mismo estuviera usándola como un conducto.

—¡Por favor, déjame hacerlo bien! —susurró, con las lágrimas cayendo por su rostro.

Cuando colocó la esfera en el centro de los fragmentos, una explosión de luz dorada llenó el cráter. Marina gritó, sintiendo cómo la energía la atravesaba, conectándola completamente con el valle. Su mente se llenó de imágenes: el primer árbol, la creación de la esfera, y generaciones de guardianes que habían protegido este lugar.

Finalmente, todo se calmó. La luz se estabilizó, y la esfera original se reconstruyó lentamente, brillando con una fuerza que Marina nunca había visto antes.

El sacrificio final

Cuando Marina intentó levantarse, sintió un dolor agudo en su pecho. Su cuerpo

estaba débil, como si una parte de ella se hubiera quedado en el cráter. Sabía lo que significaba. Había dado una parte de su vida al valle para restaurar su equilibrio.

Luca bajó corriendo por las raíces, con el rostro lleno de desesperación.
—¡Marina!

Ella le sonrió débilmente mientras él la tomaba en sus brazos.
—Lo logramos, Luca. El valle está a salvo.

—No quiero que pagues este precio —dijo, sus ojos llenos de lágrimas.

—Era necesario —murmuró Marina, apoyando su cabeza en su pecho—. Pero aún no he terminado.

Luca la sostuvo con fuerza, sin decir nada más. Sabía que Marina estaba dispuesta a sacrificarse por el valle, pero él no estaba dispuesto a perderla.

La victoria y la incertidumbre

Cuando regresaron al claro, las figuras de negro habían desaparecido, las raíces habían vuelto a su lugar, y el valle estaba en silencio. Alma miró a Marina con una mezcla de orgullo y tristeza.

—El valle está restaurado —dijo Alma, colocando una mano en el hombro de Marina—. Pero esto no termina aquí. Ahora eres parte del valle, y su destino está ligado al tuyo.

Silvia y Arturo se acercaron, aliviados de ver a Marina de pie, aunque visiblemente debilitada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Silvia, su voz llena de incertidumbre.

Marina respiró hondo, mirando el valle que había protegido con su vida.
—Ahora nos preparamos. Porque aunque el valle esté a salvo por ahora, sabemos que volverán. Y cuando lo hagan, estaremos listos.

El grupo se quedó en silencio, mirando el paisaje que habían luchado tanto por proteger. Sabían que la batalla no había terminado, pero también sabían que juntos podían enfrentar lo que viniera.

Capítulo 29: Una nueva conexión

El grupo había regresado a la casa, pero el aire era diferente. Aunque el valle estaba a salvo, el sacrificio de Marina pesaba en todos. La esfera restaurada ahora descansaba sobre la mesa, brillando suavemente, como un recordatorio constante del poder que habían desatado y de lo que aún quedaba por proteger.

Marina estaba sentada cerca de la ventana, mirando los cerezos mecerse con el viento. Su conexión con el valle era más fuerte que nunca. Podía sentir cómo las raíces se extendían bajo el suelo, cómo los árboles respiraban y cómo la energía del lugar fluía como un río incesante. Pero esa conexión venía con un precio: su cuerpo estaba debilitado, y cada movimiento era un esfuerzo.

Luca se sentó a su lado, en silencio al principio, luego tomó su mano con cuidado.
—¿Qué escuchas ahora?

Marina giró la cabeza hacia él, con una sonrisa cansada.
—El valle está tranquilo, al menos por ahora. Pero también... siento que me está vigilando. Como si esperara algo más de mí.

Luca la miró, sus ojos reflejando preocupación.
—Has hecho más de lo que nadie podría haber pedido, Marina. No necesitas cargar con todo esto sola.

Ella apretó su mano, agradecida por su apoyo.
—No estoy sola, y eso es lo que me da fuerza.

La advertencia de Alma

Esa noche, mientras los demás descansaban, Alma se acercó a Marina en la sala. Había algo en su expresión que la hizo enderezarse en su asiento.

—El valle está restaurado, pero no está completamente seguro —dijo Alma, con su bastón apoyado en el suelo.

Marina frunció el ceño.
—¿Qué quieres decir?

Alma se sentó frente a ella, su rostro serio.
—Los que buscan la esfera no se detendrán. Saben que está aquí, y ahora que has restaurado el corazón del valle, su poder es más tentador que nunca.

—¿Qué podemos hacer para detenerlos? —preguntó Marina, con una mezcla de frustración y preocupación.

—No podemos detenerlos completamente —respondió Alma—. Pero podemos retrasarlos. Tú, como guardiana del valle, tienes el poder de sellar su acceso por un tiempo. Sin embargo, hacerlo requerirá más de ti.

Marina tragó saliva, comprendiendo lo que significaba.

—¿Cuánto tiempo les dará?

—Años, tal vez una generación. Pero no será permanente. Algún día volverán, y será responsabilidad de los nuevos guardianes enfrentarlos.

Marina asintió lentamente. Sabía que no había otra opción. Si sellar el valle significaba protegerlo, estaba dispuesta a hacerlo.

La decisión

A la mañana siguiente, el grupo se reunió en el claro donde se encontraba el primer árbol. Alma había preparado el ritual para sellar el acceso al valle. Las raíces se alzaban lentamente, como si también entendieran lo que estaba por suceder.

Marina sostuvo la esfera en sus manos, sintiendo cómo su calor se mezclaba con el suyo. Silvia, Luca y Arturo la observaban en silencio, sus expresiones reflejando una mezcla de orgullo y tristeza.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Silvia, con la voz quebrada.

—Es lo correcto —respondió Marina, mirando a su hermana—. Esto no se trata solo de nosotras. Se trata del valle, y de todo lo que representa.

Luca dio un paso adelante, colocando una mano en su hombro.
—No importa lo que pase, estoy contigo.

Marina le sonrió, permitiéndose un momento de vulnerabilidad antes de avanzar hacia el árbol. Cuando colocó la esfera en el centro del círculo de raíces, una luz intensa llenó el claro. Las raíces comenzaron a moverse, cerrándose como un capullo alrededor del árbol.

Marina sintió cómo el valle se conectaba completamente con ella, su energía fluyendo a través de sus venas. Era abrumador, pero también hermoso. Finalmente, todo se calmó, y el claro quedó en silencio.

Alma se acercó a Marina, ayudándola a mantenerse en pie.
—Está hecho. El valle está sellado.

Marina asintió, aunque su cuerpo temblaba. Sabía que su conexión con el valle era más fuerte que nunca, pero también sabía que su tiempo se estaba acortando.

Epílogo

Unos días después, el grupo se reunió en la casa por última vez. Alma decidió quedarse en el valle, diciendo que su lugar estaba allí, ayudando a Marina a protegerlo. Silvia y Arturo, aunque reticentes, sabían que era hora de regresar al mundo exterior y continuar con sus vidas.

—Esto no es un adiós —dijo Silvia, abrazando a Marina con fuerza—. Volveré a visitarte.

—Lo sé —respondió Marina, con una sonrisa melancólica—. Cuídense, ¿de acuerdo?

Arturo asintió, dándole una palmada en el hombro a Luca antes de despedirse.
—Hicimos algo increíble aquí. No lo olviden.

Cuando se quedaron solos, Luca y Marina se sentaron en el porche, observando el valle que habían luchado tanto por proteger.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Luca, rompiendo el silencio.

Marina suspiró, apoyando su cabeza en su hombro.
—Seguiré protegiendo el valle, y cuidando de lo que queda de nosotras aquí.

Luca la miró, con una sonrisa suave.
—No lo harás sola.

Marina levantó la vista, encontrándose con su mirada.
—Gracias por quedarte.

—Siempre —respondió él, inclinándose para besarla suavemente.

El valle respiró con ellos, en calma por ahora. Pero en el fondo, ambos sabían que el equilibrio nunca era eterno.

Y, sin embargo, estaban listos para enfrentarlo juntos.

Fin

Agradecimiento

¡Muchas gracias por haber llegado hasta aquí! Como ya dije en *Mi misión*, mi objetivo no es otro sino hacerte pasar a ti, lector o lectora, un buen rato; mitigar la molestia de tener que lidiar con los problemas del día a día y que la vida sea un pelín (por poco que sea) más bonita. Si lo he logrado, me doy por satisfecha.

Si estás interesado o interesada en leer alguna de mis otras novelas o relatos, los encontrarás todos en Amazon. ¡Muchas gracias de nuevo y que tengas una futura feliz lectura!